

Luigi Pirandello

libro al
viento

SEIS PERSONAJES

Traducción de Alejandro Burgos Bernal

EN BUSCA DE AUTOR





Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Mauricio Galeano Vargas

Director General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera

Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez

Gerente de Literatura

Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz

Roa, Andrea Mojica Molina, María Camila

Jaramillo Laverde, María Eugenia Montes

Zuluaga, Yenny Mireya Benavidez Martínez,

Wilmar Molina Vargas, Massiel García Lugo,

Natalia López Mazo, Yalila Pérez Montaya.

Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

BOGOTÁ, OCTUBRE DE 2021

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Alejandro Burgos Bernal, por la traducción

Fredy Ordóñez, edición

Camila Cardeñoso, diseño de la colección

Bastarda Type y Camila Cardeñoso, diseño de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán,

Diseño y diagramación

Freepik, imágenes de cubierta y páginas interiores.

Biblioteca nacional de Francia, Imagen de la página 122.

ISBN: 978-628-7531-23-9

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.o 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

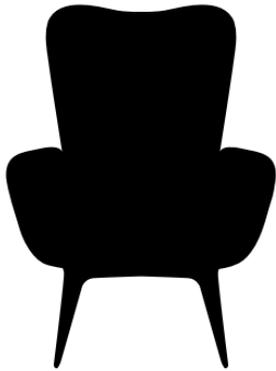
www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAIViento

 @LibroAIViento

SEIS
PERSONAJES
EN BUSCA
DE AUTOR



7

UN AUTOR EN BUSCA DE SÍ MISMO

Presentación

11

SEIS PERSONAJES EN BUSCA DE UN AUTOR

122

EL AUTOR

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita a la
Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte.

UN AUTOR EN BUSCA DE SÍ MISMO

Presentación

Algunas obras se apresuran a llegar o, quizás, necesitan fracasar en sus inicios para que tengan la posibilidad de que el lector o el espectador asista a ellas sin la impaciencia de querer encontrar lo ya sabido, sino, más bien, con la disposición a ser interpelado, descolocado, confundido. La tempestuosa noche del 9 de mayo de 1921, la Compagnia Dario Niccodemi representó por primera vez, en el Teatro Valle de Roma, *Seis personajes en busca de autor* de Luigi Pirandello. En ese momento suscitó el desconcierto, la indignación y el fastidio del público, que le gritaba al autor: “¡bufón!”, “¡loco!”. Al tercer y último acto, Pirandello se escapó del teatro por una puerta secundaria con su hija Lietta, pero en la calle no dejó de recibir improperios y ser blanco de las monedas que le lanzaban. No pasó mucho tiempo —meses apenas— para que empezara a cosechar el éxito y la aceptación de los que esta obra ha gozado hasta nuestros días.

Pero vuelvo a su estreno: no es difícil imaginar, si no la repulsión, sí el extrañamiento que causó la obra, pues esta parecía trastocar el pacto largamente refrendado entre el autor y los espectadores. Desde un inicio, nada es lo que parece en esta obra. Al comienzo, hay unos actores y un director que problemáticamente se disponen a ensayar una obra del mismo Pirandello (*Il giuoco delle parti*), otra distinta a la que estamos leyendo (o viendo). Y, en medio del tejemaneje entre el director y los actores, aquel suelta lo siguiente: “¿Qué puedo hacer yo si de Francia no nos ha vuelto a llegar una buena comedia y nos toca poner en escena comedias de Pirandello, que nadie entiende y hechas a propósito para que ni los actores, ni los críticos, ni el público queden contentos?”. A esta ironía (que hace Pirandello sobre sí mismo) se suma otra que vuelve a cuestionar la obra desde adentro: unos personajes (seis, “un poco desorientados y perplejos”) interrumpen el ensayo porque están buscando un autor y, con ese propósito, le ofrecen al director su drama, su propia historia. Es posible imaginar el extraño efecto que pudo producir esta ruptura, este autosaboteo, acaso similar al que causaría que los personajes se dirigieran a nosotros con el objetivo de desbaratar nuestras expectativas como espectadores obligándonos a pensar, por ejemplo, qué significa de verdad un personaje (¿es un espejo de lo que sentimos y pensamos?, ¿qué ocurre entre

su concepción por el autor y su representación dramática en el teatro o en la mente del lector?).

Luigi Pirandello nació en Agrigento (Italia) en 1867, es decir tenía más de cincuenta años (y una nada despreciable obra narrativa y teatral) cuando se representó por primera vez *Seis personajes en busca de autor*. No era la primera vez que Pirandello hacía una obra que indagaba sobre la imposibilidad de su representación, pero fue a partir de esta que, destinada al éxito pese al fracaso inicial, se convertiría en un referente ineludible de la dramaturgia y, de paso, de la novela y del relato, géneros en los que fue innovador y decididamente prolífico y por cuya suma se le concedería el Premio Nobel de Literatura en 1934.

Seis personajes en busca de autor inicia una trilogía que el mismo Pirandello definirá como “el teatro dentro del teatro” y se convertirá en un pretexto para reflexionar (y participarnos a nosotros de este proceso) sobre el arte dramático, nuestro papel como espectadores y el significado de la ficción y la consistencia de la realidad. Esto es quizás lo más relevante: el haz de preguntas que despliega Pirandello en ese drama que se mira a sí mismo y que, prefigurando el teatro del absurdo, cobra a veces refrescantes visos de comedia. Es el drama del autor al que se le han escapado unos personajes, que tienen vida propia y salen a la superficie en busca de

un autor (o, en su defecto, a un director), para que escriba su drama, y buscan también a unos actores, para que los representen tal cual son. Ese es el modo en que Pirandello indaga sobre el proceso mismo de la creación y sobre las seculares reglas del teatro: un autor en busca de sí mismo.

Esta obra es también una auténtica y entusiasta proclama que pone en escena la volatilidad de la ficción, y al tiempo su prevalencia en contraste con las cambiantes percepciones de los lectores-espectadores. En una escena, trágica o cómica según se lea, uno de los estatuarios personajes confronta al director y le pregunta: “Un personaje, señor, bien puede preguntarle a un hombre quién es. Porque un personaje tiene, en verdad, una vida toda suya, con una índole propia, por lo que siempre es ‘alguien’. Mientras que un hombre, no digo usted, digo un hombre en general, puede no ser ‘nadie’”. Es difícil encontrar una definición más sucinta del valor de la ficción (o al menos de cierta parte de ella); y, como le sucede al director, resulta imposible escapar indemne de este tipo de cuestiones.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

Luigi Pirandello

SEI

PERSONAJES

Traducción de Alejandro Burgos Bernal

EN BUSCA

DE AUTOR



LOS PERSONAJES DE LA COMEDIA

El padre

La madre

La hijastra

El hijo

El joven

La niña

(estos dos últimos no hablan)

(Luego, evocada, Madame Pace)

LOS ACTORES DE LA COMPAÑÍA

El director

La actriz principal

El actor principal

La segunda mujer

La actriz joven

El actor joven

Otro actores y actrices

El director de escena

El apuntador
El utilero
El tramoyista
El secretario
El portero del teatro
Los montajistas y los ayudantes

De día, en un escenario de teatro.

NOTA BENE. La obra no tiene actos ni escenas. La representación será interrumpida, una primera vez, sin que descienda el telón, cuando el Director y el Actor principal se retiren para definir la escena y los demás actores despejen el escenario; la segunda vez, cuando el Tramoyista por equivocación deje caer el telón.

Los espectadores encontrarán, al entrar en la sala del teatro, el telón levantado, y el escenario como suele ser de día, sin bastidores ni decorado, casi oscuro y vacío, para que aquellos tengan la impresión, desde el comienzo, de que asistirán a un espectáculo sin preparar.

Dos escalerillas, una a la derecha y otra a la izquierda, comunicarán el escenario con la sala. Sobre el escenario, la concha del apuntador estará puesta aparte, al lado del hueco.

Del otro lado, adelante, una mesita y un sillón, para el Director, con el espaldar hacia el público. Otras dos mesitas, una grande y una pequeña, con muchas sillas alrededor, puestas allí adelante para tenerlas listas, si fueran necesarias, durante el ensayo. Otras sillas, aquí y allá: a la derecha y a la izquierda, para los actores; y un piano al fondo, de lado, casi escondido.

Apagadas las luces en la sala, se verá entrar por la puerta del escenario al Tramoyista en overol azul y con una bolsa colgando de la cintura; se lo verá coger de un rincón, al fondo, algunos listones, disponerlos al frente y ponerse de rodillas y clavarlos. Al martilleo acudirá, desde la puerta de los camerinos, el Director de escena.

EL DIRECTOR DE ESCENA. ¿Pero qué haces?

EL TRAMOYISTA. ¿Que qué hago? Clavo.

EL DIRECTOR DE ESCENA. ¿A esta hora? (*Mirará el reloj*). Ya son las diez y media. En cualquier momento estará aquí el Director para el ensayo.

EL TRAMOYISTA. Pero, digo, ¿podría tener también yo tiempo para trabajar!

EL DIRECTOR DE ESCENA. Lo tendrás, pero no ahora.

EL TRAMOYISTA. ¿Entonces cuándo?

EL DIRECTOR DE ESCENA. Cuando no sea la hora del ensayo. Vamos, vamos, llévate todo y déjame preparar la escena para el segundo acto de *El juego de los roles*.

El Tramoyista, bufando, refunfuñando, recogerá los listones y se irá. Mientras tanto, por la puerta del escenario comenzarán a llegar los Actores de la Compañía, hombres y

mujeres; primero uno, después otro, después dos juntos, a su aire: nueve o diez, los que se suponga que deban participar en los ensayos de la comedia de Pirandello El juego de los roles, prevista para ese día. Entrarán, saludarán al Director de escena y se saludarán entre ellos deseándose buen día. Algunos se dirigirán a sus camerinos; otros, entre ellos el Apuntador, que tendrá el guion enrollado bajo el brazo, se detendrán sobre el escenario a la espera del Director para comenzar el ensayo y, mientras tanto, sentados en pequeños grupos o de pie, intercambiarán entre ellos algunas palabras; alguno encenderá un cigarrillo, otro se lamentará del papel que le asignaron, otro les leerá en voz alta a los compañeros alguna noticia de una revista teatral. Sería bueno que tanto las Actrices como los Actores estén vestidos con ropas más bien claras y alegres, y que esta primera escena improvisada tenga, por su naturaleza, mucha vivacidad. En un momento dado, uno de los cómicos se sentará al piano y tocará algo bailable; los más jóvenes entre los Actores y las Actrices se pondrán a bailar.

EL DIRECTOR DE ESCENA (*palmoteando para llamarlos al orden*).

¡Vamos, vamos, paren! ¡Llegó el señor Director!

La música y el baile cesarán de golpe. Los Actores voltearán a mirar hacia la sala del teatro, por cuya puerta se

verá entrar al Director, quien, con un sombrero de fieltro en la cabeza, bastón bajo el brazo y un gran tabaco en la boca, recorrerá el corredor entre las sillas y, saludado por los actores, subirá por una de las dos escalerillas al escenario. El Secretario le entregará el correo: algún periódico y un guion precintado.

EL DIRECTOR. ¿Cartas?

EL SECRETARIO. Ninguna. Esta es toda la correspondencia.

EL DIRECTOR (*entregándole el guion cerrado*). Llévelo al camerino. (*Después, mirando alrededor y dirigiéndose al director de escena*). ¡Aquí no se ve nada! Por favor, haga que nos den un poco de luz.

EL DIRECTOR DE ESCENA. De inmediato. (*Irá a dar la orden. Y poco después todo un lado del escenario estará iluminado, donde estarán los actores, bajo una viva luz blanca. Mientras tanto el apuntador habrá tomado su lugar en el hueco, encendido la lamparita y dispuesto ante sí el guion*).

EL DIRECTOR (*palmeando*). Vamos, vamos, comencemos. (*Al director de escena*). ¿Falta alguien?

EL DIRECTOR DE ESCENA. Falta la actriz principal.

EL DIRECTOR. ¡Como siempre! (*Mirará el reloj*). Ya estamos retrasados diez minutos. Anótelo, hágame el favor. Así aprenderá a llegar puntual al ensayo.

No habrá terminado el regaño cuando, desde el fondo de la sala, se escuchará la voz de la actriz principal.

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¡No, no, se lo ruego! ¡Aquí estoy, aquí estoy!

Está toda vestida de blanco, con un sombrero pretencioso en la cabeza y un gracioso perrito en los brazos; correrá a través del corredor entre las sillas y subirá con mucha prisa por una de las escalerillas.

EL DIRECTOR. Usted jura que siempre la van a esperar.

LA ACTRIZ PRINCIPAL. Discúlpeme. ¡Busqué tanto un automóvil para llegar a tiempo! Pero veo que aún no han comenzado. Y yo no entro inmediatamente en escena. *(Después, llamando por su nombre al Director de escena y entregándole el perrito)*. Por favor, enciérrelo en el camerino.

EL DIRECTOR *(rezongando)*. ¡También el perrito! Como si fuéramos pocos los perros aquí. *(Palmoteará de nuevo y se dirigirá al Apuntador)*. Vamos, vamos, el segundo acto de *El juego de los roles*. *(Sentándose en el sillón)*. Atención, señores. ¿Quién entra en escena?

Los Actores y las Actrices despejarán el frente del escenario y se irán a sentar a un lado, excepto los tres que comenzarán

el ensayo y la Actriz Principal, que, sin prestar atención a la pregunta del Director, se sentará delante de una de las dos mesitas.

EL DIRECTOR (*a la Actriz Principal*). ¿Entonces entra usted en escena?

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¿Yo? No, señor.

EL DIRECTOR (*molesto*). ¡Entonces quítese, por Dios!

La Actriz Principal se levantará y se irá a sentar junto a los otros Actores que ya se habrán apartado.

EL DIRECTOR (*al Apuntador*). Comience, comience.

EL APUNTADOR (*leyendo el guion*). “En casa de Leone Gala. Un extraño comedor y, al mismo tiempo, estudio”.

EL DIRECTOR (*volteándose hacia el Director de escena*). Pondremos el comedor de color rojo.

EL DIRECTOR DE ESCENA (*anotando en una hoja de papel*). El rojo. Muy bien.

EL APUNTADOR (*sigue leyendo el guion*). “Mesa puesta y escritorio con libros y papeles. Estanterías de libros y vitrinas con lujosas vajillas y utensilios de mesa. Puerta al fondo por la que se va a la habitación de Leone. Puerta lateral por la que se va a la cocina. La puerta principal está a la derecha”.

EL DIRECTOR (*levantándose y señalando*). Entonces mucha atención: allá, la puerta principal. Aquí, la cocina. (*Dirigiéndose al Actor que hará el papel de Sócrates*). Usted entrará y saldrá por este lado. (*Al Director de escena*). Pondremos el biombo en el fondo y también las cortinas. (*Se volverá a sentar*).

EL DIRECTOR DE ESCENA (*anotando*). Muy bien.

EL APUNTADOR (*leyendo como arriba*). “Escena primera. Leone Gala, Guido Venanzi, Filippo alias Sócrates”. (*Al Director*). “¿Tengo que leer también las didascalias?”

EL DIRECTOR. ¡Que sí! ¡Sí! ¡Se lo he dicho cientos de veces!

EL APUNTADOR (*leyendo como arriba*). “Al levantarse el telón, Leone Gala, con un gorro de cocinero y delantal, está ocupado en batir un huevo en un cuenco con un cucharón de madera. Filippo bate otro, vestido también de cocinero. Guido Venanzi escucha, sentado”.

EL ACTOR PRINCIPAL (*al Director*). Disculpe, pero, ¿tengo de verdad que ponerme el gorro de cocinero en la cabeza?

EL DIRECTOR (*fastidiado por el comentario*). ¡Me lo parece! ¡Si está escrito ahí...! (*Señalará el guion*).

EL ACTOR PRINCIPAL. ¡Pero es ridículo, usted disculpe!

EL DIRECTOR (*poniéndose de pie furioso*). “¡Ridículo! ¡Ridículo!”. ¿Qué puedo hacer yo si de Francia no nos ha vuelto a llegar una buena comedia y nos toca poner en escena

comedias de Pirandello, que nadie entiende y hechas a propósito para que ni los actores, ni los críticos, ni el público queden contentos? (*Los Actores reirán. Y entonces él, levantándose y yendo hacia el Actor Principal, gritará*). ¡El gorro de cocinero, sí, señor! ¡Y a batir esos huevos! ¿Acaso cree usted que no tiene nada más que hacer que batir huevos? ¡No está ni tibio! ¡Tiene que representar la cáscara de los huevos que bate! (*Los Actores volverán a reír y harán comentarios irónicos entre ellos*). ¡Silencio! ¡Y pongan atención cuando estoy hablando! (*Dirigiéndose de nuevo al Actor Principal*). ¡Sí, señor, la cáscara, es decir la vacía forma de la razón sin la plenitud del instinto, que es ciego! Es usted la razón y su mujer el instinto en el juego de roles establecido, por lo que usted, que representa su papel, es voluntariamente el títere de sí mismo. ¿Entendido?

EL ACTOR PRINCIPAL (*abriendo los brazos*). ¡Yo no!

EL DIRECTOR (*volviendo a su lugar*). ¡Y yo tampoco! ¡Adelante entonces, que después me elogiará el resultado! (*En tono de secreto*). Por favor, póngase de medio perfil, porque si no, entre las rarezas del diálogo y usted, que no logra hacerse oír del público, no se va a entender nada. (*Palmoteando de nuevo*). ¡Atención, atención! ¡Comenzamos!

EL APUNTADOR. Disculpe, señor Director, ¿me puedo cubrir con la concha? ¡Hace un frío!

EL DIRECTOR. Claro, dele, dele.

Mientras tanto el Portero del teatro habrá entrado en la sala, con su gorra ribeteada en la cabeza, y, tras recorrer el corredor entre las sillas, se habrá acercado al escenario para anunciar al Director la llegada de los Seis Personajes que, entrando en la sala ellos también, lo habrán seguido a una cierta distancia, un poco desorientados y perplejos, mirando a su alrededor.

Quien quiera intentar una traducción escénica de esta comedia debe hacer uso de cualquier medio para lograr que estos Seis Personajes no se vayan a confundir con los Actores de la Compañía. La posición de unos y otros, indicada en las didascalias, para cuando suban al escenario, será útil, sin duda; como también unas luces de color diferente, logradas por medio de determinados reflectores. Sin embargo, el medio más eficaz e idóneo, que aquí se sugiere, será el uso de máscaras especiales para los Personajes: máscaras especialmente elaboradas con un material que no se ablande por el sudor y que, por lo tanto, no serán ligeras para los Actores que tengan que usarlas; deben ser trabajadas y cortadas de manera tal que dejen libres los ojos, la nariz y la boca. Se interpretará de esta manera el sentido profundo de la comedia. Los Personajes no tienen, en efecto, que aparecer

como fantasmas sino como realidades creadas, construcciones inmutables de la fantasía; más reales y consistentes que la voluble naturalidad de los Actores. Las máscaras servirán para dar la impresión de una figura construida con arte y cada una inmutablemente fija en la expresión de su propio sentimiento fundamental: la contrición en el Padre; la venganza en la Hijastra; la indignación en el Hijo; el dolor en la Madre, por medio de inmóviles lágrimas de cera sobre las pálidas ojeras y a lo largo de las mejillas, así como se ven en las imágenes esculpidas o pintadas de la Mater dolorosa en las iglesias. Y los vestidos serán de tela y corte especial, sin extravagancia, con dobleces rígidos y volúmenes casi estatuarios, que no den la idea, en suma, que están confeccionados con telas que se pueden comprar en una tienda cualquiera de la ciudad ni cosidos en una sastrería cualquiera.

El Padre tendrá alrededor de cincuenta años: con entradas, pero no calvo, de pelo leonado, con un bigotito tupido recogido alrededor de la boca, todavía fresca, a menudo abierta en una sonrisa incierta y vana. Pálido, aun más en la frente amplia; ojos azules, ovalados, lucidísimos y agudos; se vestirá con pantalones claros y chaqueta oscura; a veces será melifluo, a veces tendrá arrebatos ásperos y duros.

La Madre estará como aterrada y aplastada por un intolerable peso de vergüenza y desaliento. Cubierta por un velo

de viuda grueso y ondulado, vestirá humildemente de negro, y cuando se levante el velo dejará ver un rostro no demacrado pero sí como de cera y tendrá siempre los ojos gachos.

La Hijastra, de dieciocho años, será insolente, casi impúdica. Bellísima, vestirá de luto ella también, pero con vistosa elegancia. Mostrará desprecio por el aire tímido, afligido y casi extraviado de su hermanito, un escuálido Jovencito de catorce años, vestido él también de negro; y una vivaz ternura, en cambio, por la hermanita, una Niña de alrededor de cuatro años, vestida de blanco, con una faja de seda negra en la cintura.

El Hijo, de veintidós años, alto, casi rígido en su contenido desdén hacia el Padre y en su sombría indiferencia hacia la Madre, llevará un sobretodo morado y una larga faja verde doblada alrededor del cuello.

EL PORTERO (*con su gorra en la mano*). Disculpe, señor Director.

EL DIRECTOR (*de golpe, descortés*). ¿Y ahora qué?

EL PORTERO (*tímidamente*). Por aquí están estos señores que preguntan por usted.

El Director y los Actores se voltearán con asombro a mirar hacia abajo, hacia la sala, desde el escenario.

EL DIRECTOR (*de nuevo molesto*). ¡Estoy en ensayo! ¡Y usted sabe muy bien que durante los ensayos no debe pasar nadie! (*Dirigiéndose hacia el fondo*) ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

EL PADRE (*adelantándose, seguido por los demás, hasta una de las dos escalerillas*). Estamos aquí en busca de un autor.

EL DIRECTOR (*entre aturdido e iracundo*). ¿De un autor? ¿Qué autor?

EL PADRE. De uno cualquiera, señor.

EL DIRECTOR. Pero aquí no hay ningún autor, porque no estamos ensayando ninguna comedia nueva.

LA HIJASTRA (*con alegre vivacidad, subiendo con ímpetu la escalerilla*). ¡Mucho mejor, mucho mejor entonces, señor! Podríamos ser nosotros su nueva comedia.

ALGUNO DE LOS ACTORES (*entre los comentarios vivaces y las risas de los demás*). Ah, ¡cómo no!, ¡cómo no!

EL PADRE (*siguiendo sobre el escenario a la Hijastra*). Bueno, ¡pero si no hay autor! (*Al Director*) A menos que quiera serlo usted...

La Madre, con la Niña de la mano, y el Joven subirán los primeros escalones de la escalerilla y allí se quedarán a la espera. El Hijo se quedará abajo, hosco.

EL DIRECTOR. Los señores están bromeando... ¿Verdad?

EL PADRE. Pero, ¿qué está diciendo usted? Le traemos, muy al contrario, un drama doloroso.

LA HIJASTRA. ¡Y podríamos ser su fortuna!

EL DIRECTOR. ¡Háganme el favor de irse, que no tenemos tiempo para perder con locos!

EL PADRE (*ofendido y melifluo*). Ay, mi señor, usted sabe bien que la vida está llena de infinitos absurdos, los cuales, atrevidos, ni siquiera tienen la necesidad de parecer verosímiles porque son verdaderos.

EL DIRECTOR. Pero, ¿qué diablos está diciendo?

EL PADRE. Digo que bien puede considerarse una locura, señor muy mío, esforzarse por hacer lo contrario; es decir, crear absurdos verosímiles para que parezcan verdaderos. Y permítame hacerle notar que, si de locura se trata, esta es la única razón de su oficio.

Los Actores se agitarán, indignados.

EL DIRECTOR (*levantándose y retándolo*). ¿Ah, sí? Le parece a usted un oficio de locos el nuestro.

EL PADRE. Pues sí, hacer parecer verdadero lo que no lo es, y sin necesidad, señor, así, nada más por jugar... ¿No es acaso el oficio de ustedes dar vida sobre el escenario a personajes fantasiosos?

EL DIRECTOR (*inmediatamente, dando voz a la creciente indignación de sus Actores*). ¡Y, sin embargo, muy señor mío, yo lo invito a considerar que la profesión del cómico es una de las más nobles profesiones! ¡Y si hoy por hoy los nuevos señores comediógrafos nos dan para representar solo comedias necias y marionetas, en lugar de hombres, sepa usted que es honor nuestro haber dado vida, aquí sobre estas tablas, a obras inmortales!

Los Actores, satisfechos, aprobarán y aplaudirán a su Director.

EL PADRE (*interrumpiendo con apremio vehemente*). ¡Así es! ¡Muy bien! ¡A seres vivos, más vivos que aquellos que respiran y se visten! ¡Menos reales, tal vez, pero más verdaderos! ¡Estamos muy de acuerdo!

Los Actores se miran entre ellos, desconcertados.

EL DIRECTOR. Pero, ¿cómo? Si usted antes decía...

EL PADRE. No, discúlpeme, lo decía por usted, señor, que nos gritó que no tenía tiempo para perder con locos, mientras que nadie mejor que usted sabe que la naturaleza se sirve de la fantasía humana, como de un instrumento, para proseguir con su excelsa obra de creación.

EL DIRECTOR. De acuerdo, de acuerdo. Pero, ¿qué quiere decir?

EL PADRE. Nada, señor. Solo demostrarle que se nace a la vida de tantas maneras, en tantas formas: árbol o piedra, agua o mariposa... o mujer. ¡Y que se nace también personaje!

EL DIRECTOR (*con falso e irónico estupor*). Y usted, como los señores en derredor suyo, ¿nació personaje?

EL PADRE. Exacto, señor. Y vivos, como puede usted ver.

El Director y los Actores romperán a reír como si se burlaran.

EL PADRE (*ofendido*). Siento mucho que se rían así, porque traemos con nosotros, repito, un doloroso drama, como bien pueden ustedes deducir de esta mujer y su velo negro.

Mientras esto dice tenderá la mano a la Madre para ayudarle a subir los últimos escalones y, siempre sosteniendo su mano, la conducirá con una cierta trágica solemnidad al otro lado del escenario, que inmediatamente se iluminará con una fantástica luz. La Niña y el Jovencito seguirán a la Madre; después el Hijo, que permanecerá distante, atrás; después la Hijastra, que se apartará hacia adelante, apoyada en el telón de boca. Los Actores, primero atónitos, después admirados por esta evolución, romperán en aplausos como frente a un espectáculo que les hubiera sido ofrecido.

EL DIRECTOR (*primero desconcertado, después indignado*). ¡Pero...!
¡Silencio! (*Después, dirigiéndose a los Personajes*). Y ustedes,
¡quítense! ¡Váyanse de aquí! (*Al Director de escena*).
¡Por dios! ¡Desalójelos!

EL DIRECTOR DE ESCENA (*adelantándose y después deteniéndose,
como presa de una extraña consternación*). ¡Fuera! ¡Fuera!

EL PADRE (*al Director*). Pero no, mire, nosotros...

EL DIRECTOR (*gritando*). ¡Basta ya, nosotros tenemos que trabajar!

EL ACTOR PRINCIPAL. No está bien burlarse de esa manera...

EL PADRE (*decidido, adelantándose*). ¡Me sorprende en verdad
su incredulidad! ¿Es que acaso no están ustedes acos-
tumbrados a ver surgir aquí arriba, vivos, uno después de
otro, los personajes creados por un autor? ¿Será porque
no hay allá (*indicará el hueco del Apuntador*) un libreto
que nos contiene?

LA HIJASTRA (*disponiéndose delante del Director, sonriente, zala-
mera*). ¡Le aseguro, señor, que somos seis personajes muy
interesantes! Aunque perdidos.

EL PADRE (*apartándola*). Sí, perdidos, ¡eso es! (*al Director in-
mediatamente*). En el sentido, mire usted, que el autor
que nos creó, vivos, no quiso después, o materialmente
no pudo, ponernos en el mundo del arte. Y eso fue un
auténtico delito, señor, porque quien tiene la ventura
de nacer personaje vivo se puede burlar incluso de la

muerte. ¡Ya no morirá! Morirá el hombre, el escritor, instrumento de la creación; ¡la criatura ya no morirá! Y para vivir eternamente ni siquiera requiere de extraordinarios dones o de realizar prodigios. ¿Quién era Sancho Panza? ¿Quién era Don Abundio? Y, sin embargo, viven eternamente, porque —gérmenes vivos— tuvieron la ventura de encontrar una matriz fecunda, una fantasía que los supo criar y nutrir, ¡y hacerlos vivir eternamente!

EL DIRECTOR. ¡Todo esto está muy bien! Pero, ¿qué quieren ustedes?

EL PADRE. ¡Queremos vivir, señor!

EL DIRECTOR (*irónico*). ¿Por toda la eternidad?

EL PADRE. No, señor. Por lo menos por un momento, en ellos.

UN ACTOR. Mira tú, mira tú...

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¡Quieren vivir en nosotros!

EL ACTOR JOVEN (*indicando a la Hijastra*). Pues con mucho gusto, ¡si a mí me toca la de allá!

EL PADRE. Miren, miren: la comedia ha de hacerse; (*al Director*) y si usted quiere y sus actores quieren, concertaremos sin más entre nosotros.

EL DIRECTOR (*irritado*). ¡Qué concertar ni qué concertar! ¡Acá no se hacen estos conciertos! ¡Acá se declaman dramas y comedias!

EL PADRE. ¡Y está muy bien! ¡Precisamente por eso es que vivimos aquí donde usted!

EL DIRECTOR. ¿Y dónde está el libreto?

EL PADRE. Está en nosotros, señor (*los Actores reirán*). El drama está en nosotros, somos nosotros y estamos impacientes de representarlo, ¡así como dentro nos urge la pasión!

LA HIJASTRA (*humillante, con pérfida gracia cargada de impudicia*). ¡Mi pasión, ay, si usted supiera, señor! Mi pasión... ¡por él! (*Señalará al Padre e intentará abrazarlo, pero estallará en una risa estridente.*)

EL PADRE (*con un arranque de ira*). ¡Quédate en tu lugar, por ahora! ¡Y no te rías así, te lo ruego!

LA HIJASTRA. ¿No? Y entonces permítanme: aunque huérfana desde los dos meses, ¡miren los señores cómo canto y cómo bailo!

Aludirá con malicia al “Prends garde a Tchou-Tchin-Tchou” de Dave Stamper en la adaptación a foxtrot o one-step lento de Francis Salabert, acompañando la primera estrofa con un paso de baile.

Les chinois sont un peuple malin,
De Shangai... Pekin,
Ils ont mis des criteaux partout:
Prenez garde... Tchou -Thin -Tchou!

Los Actores, sobre todo los jóvenes, mientras ella canta y baila, como atraídos por un extraño encanto, se moverán hacia ella y apenas levantarán las manos como para agarrarla. Ella los evitará y, cuando los Actores estallen en aplausos, quedará, por la reprensión del Director, como abstraída y lejana.

LOS ACTORES Y LAS ACTRICES (*riendo y aplaudiendo*). ¡Muy bien!

¡Estupendo! ¡Magnífico!

EL DIRECTOR (*irritado*). ¡Silencio! ¿Creen acaso que esto es un café-concierto? (*Jalando hacia un lado al Padre, con cierta consternación*). Pero, dígame usted... ¿está loca?

EL PADRE. No, qué va a estar loca. ¡Peor!

LA HIJASTRA (*precipitándose hacia el Director*). ¡Peor! ¡Peor!
 ¡Y más, señor! ¡Peor! Escúcheme, por favor: déjenos representarlo ya, este drama, y así verá cómo, en algún momento, yo, cuando esta preciosura (*tomará de la mano a la Niña que habrá estado cerca de la Madre y la llevará delante del Director*)... ¿Sí ve cómo es de linda? (*la levantará en brazos y la besará*) ¡Querida, querida! (*la dejará de nuevo en el suelo y agregará, casi sin querer, conmovida*). Y bien, cuando a esta preciosura Dios se la quite de improviso a su pobre madre, y este tontito (*empujará hacia adelante al Jovencito, cogiéndolo*

de la mano con insolencia) cometa el más grande de los disparates por su propia estupidez (*lo empujará de nuevo hacia la Madre*), entonces verá usted ¡cómo cogeré vuelo! ¡Sí, señor! ¡Cogeré vuelo! ¡Vuelo! ¡No veo la hora, se lo aseguro, no veo la hora! Porque, después de eso tan íntimo que ocurrió entre él y yo (*señalará al Padre con un guiño horrible*), no puedo imaginarme más en medio de esta gente, ni asistir al suplicio de esa madre causado por ese tipo de allá (*señalará al Hijo*) —¡mírelo! ¡mírelo!—, indiferente, frío, ¡porque él es el hijo legítimo!, lleno de desprecio hacia mí, por ese de allá (*señalará al Jovencito*), por esta criaturita; pues nosotros somos bastardos, ¿entendió? Bastardos. (*Se acercará a la Madre y la abrazará*). Y a esta pobre madre, que es la madre de todos nosotros, él no la quiere reconocer como su madre también y la mira de arriba abajo como si fuera la madre solamente de nosotros tres, los bastardos. ¡Canalla! (*Dirá todo esto rápidamente, con mucha agitación, y después de haber henchido la voz en “bastardos”, al llegar al “canalla” final, lo pronunciará despacio, casi escupiéndolo.*)

LA MADRE (*con angustia infinita, al Director*). Señor, en nombre de estas dos pequeñas criaturas, le suplico... (*Se sentirá desfallecer y vacilará*), oh, Dios mío...

EL PADRE (*precipitándose para sostenerla al mismo tiempo que casi todos los Actores, desconcertados y consternados*). ¡Se lo ruego, una silla, una silla para esta pobre viuda!

LOS ACTORES (*solícitos*). Pero, ¿es verdad entonces? ¿Se desmaya de verdad?

EL DIRECTOR. Una silla, ¡rápido!

Uno de los Actores ofrecerá una silla, los otros se dispondrán alrededor preocupados. La Madre, sentada, intentará impedir que el Padre le levante el velo que le esconde el rostro.

EL PADRE. Mírela, señor, mírela...

LA MADRE. Que no, por Dios. ¡Basta!

EL PADRE. ¡Déjate ver!

Le levantará el velo.

LA MADRE (*parándose y llevándose las manos a la cara, desesperadamente*). Ay, señor, le ruego que le impida a este hombre llevar a cabo su propósito, pues, ¡para mí es horrible!

EL DIRECTOR (*pasmado, aturdido*). ¡Yo ya no entiendo ni dónde estamos ni de qué se trata todo esto! (*Al Padre*) ¿Ella es su señora?

EL PADRE (*inmediatamente*). Sí, señor, ¡mi mujer!

EL DIRECTOR. ¿Y cómo es posible entonces que sea viuda, si usted está vivo?

Los Actores descargarán todo su desconcierto en una estruendosa carcajada.

EL PADRE (*ofendido, con áspero resentimiento*). ¡No se rían! ¡No se rían así, por caridad! Es este precisamente su drama, señor. Ella tuvo otro hombre. ¡Otro hombre que debería estar aquí!

LA MADRE (*gritando*). ¡No! ¡No!

LA HIJASTRA. Afortunadamente murió, desde hace dos meses, ya se lo dije. Llevamos todavía luto, como puede ver.

EL PADRE. Pero si no está aquí no es porque haya muerto. No está aquí porque... Mírela, señor, por favor, y lo entenderá inmediatamente. Su drama no puede consistir en el amor de dos hombres hacia los cuales ella, incapaz, no podía sentir nada; nada más, tal vez, que un poco de reconocimiento (y no por mí, ¡sino por ese!). Ella no es una mujer, ¡es una madre! Y su drama (potente, señor, ¡muy potente!) consiste, en efecto, en estos cuatro hijos que tuvo de dos hombres.

LA MADRE. ¿Yo, los tuve? ¿Tienes el coraje de decir que fui yo quien los tuvo, como si los hubiera querido? ¡Fue él, señor! ¡Él me entregó, al otro hombre, a la fuerza! ¡Me obligó,

me obligó a irme con el otro!

LA HIJASTRA (*de golpe, indignada*). ¡No es verdad!

LA MADRE (*desconcertada*). ¿Cómo que no es verdad?

LA HIJASTRA. ¡No es verdad, no es verdad!

LA MADRE. ¿Y tú qué sabes?

LA HIJASTRA. ¡No es verdad! (*Al Director*) ¡No le crea! ¿Sabe por qué lo dice? Por ese de allá lo dice (*señalará al Hijo*). Porque está atormentada, consumida por el descuido de ese hijo, al que quiere convencer de que, si lo abandonó hace dos años, fue porque él (*señalará al Padre*) la obligó.

LA MADRE (*con fuerza*). ¡Me obligó, me obligó y pongo a Dios como testigo! (*Al Director*) ¡Pregúntele a él (*señalará al marido*) si no es verdad! ¡Que lo diga él!... Ella (*señalará a la Hija*) no puede saber nada.

LA HIJASTRA. Sé que con mi padre, mientras vivió, tú estuviste siempre contenta y en paz. ¡Niégalo si te atreves!

LA MADRE. No lo niego, no...

LA HIJASTRA. ¡Siempre lleno de amor y de cuidados para ti! (*Al Jovencito, con rabia*) ¿No es verdad? ¡Di algo! ¿Por qué no hablas, estúpido?

LA MADRE. ¡Pero deja a ese pobre muchacho! ¿Por qué quieres hacerme quedar como una ingrata, hija? ¡No tengo ninguna intención de ofender a tu padre! ¡Le respondí a él,

que no fue por mi culpa ni por mi gusto que abandoné su casa y a mi hijo!

EL PADRE. Es verdad, señor. Fui yo.

Pausa.

EL ACTOR PRINCIPAL (*a sus compañeros*). Fíjense ustedes, ¡qué espectáculo!

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¡Y nos lo dan ellos a nosotros!

EL JOVEN ACTOR. ¡Por una vez...!

EL DIRECTOR (*que comenzará a estar vivamente interesado*).
¡Escuchemos! ¡Escuchemos!

Y diciendo esto, bajará a la sala por una de las escalerillas y se quedará de pie delante del escenario, como para tener, como espectador, una mejor impresión de la escena.

EL HIJO (*sin moverse de su sitio, frío, lento, irónico*). Sí. ¡Escuchemos ahora grandes filosofías! Les hablará del Demonio del Experimento.

EL PADRE. Eres un cínico imbécil. ¡Te lo he dicho cien veces!
(*Al Director en la sala*). Me ridiculiza, señor, por esta frase que encontré para disculparme.

EL HIJO (*con desprecio*). Frases.

EL PADRE. ¡Frasas! ¡Frasas! Como si no fueran el consuelo de todos, delante de un hecho que no encuentra explicación, delante de un mal que se realiza, encontrar una palabra que no dice nada y con la cual nos apaciguamos.

LA HIJASTRA. También el remordimiento, ¿sí o no? Sobre todo.

EL PADRE. ¿El remordimiento? No es verdad, no lo apacigüé en mí solamente con palabras.

LA HIJASTRA. ¡También con un poco de dinero, claro que sí, también con un poco de dinero! ¡Con las cien liras que estaba ofreciéndome como pago, señores!

Movimientos de horror en los Actores.

EL HIJO (*con desprecio hacia la hermanastra*). ¡Esto es ruin!

LA HIJASTRA. ¿Ruin? Estaban allá, en un sobre celeste sobre la mesita de caoba, allá en la trastienda de Madame Pace. Usted sabe, señor, una de esas Madame que con la disculpa de vender *robes et manteaux* atraen en sus *ateliers* a pobres muchachas, como yo, de buena familia.

EL HIJO. Y se ha comprado el derecho de tiranizarnos a todos con esas cien liras que estuvo a punto de pagar y que, afortunadamente, no tuvo motivo —escúcheme bien— para pagar.

LA HIJASTRA. ¡Pero casi casi, sabes!

Estalla en carcajadas.

LA MADRE (*rebelándose*). ¡Avergüénzate, hija! ¡Avergüénzate!

LA HIJA (*de golpe*). ¿Avergonzarme? ¡Es mi venganza! ¡Estoy temblando, señor, temblando por vivir esa escena! La habitación... aquí, el escaparate de las capas; allá, el diván, el espejo, la mampara; y delante de la ventana, la mesita de caoba con el sobre celeste con las cien liras. ¡Lo veo! ¡Podría cogerlo! Pero los señores deberían voltearse, ¡estoy casi desnuda! No me ruborizo más, ¡porque el que se ruboriza ahora es él! (*Señalará al Padre*) ¡Pero les aseguro que estaba muy pálido, muy pálido en ese momento! (*Al Director*) ¡Se lo aseguro, señor!

EL DIRECTOR. ¡Yo ya no entiendo nada!

EL PADRE. ¡Y cómo! ¡Abrumado de esa manera! Imponga algo de orden, señor, y déjeme hablar a mí, sin prestar atención al oprobio que, con tanta crueldad y sin las debidas explicaciones, esta quiere dejar caer sobre mí.

LA HIJASTRA. ¡Nada de cuentos! ¡Nada de cuentos!

EL PADRE. ¡Pero si yo no echo cuentos! Yo solo quiero explicarle.

LA HIJASTRA. ¡Claro, qué lindo! ¡A tu manera!

El Director en este momento subirá sobre el escenario para imponer orden.

EL PADRE. ¡Pero si todo el mal está aquí! ¡En las palabras! ¡Todos tenemos adentro un mundo de cosas! ¡Cada uno tiene su mundo de cosas! ¿Y cómo podremos entendernos, señor, si las palabras que yo digo tienen el sentido y el valor de las cosas que están dentro de mí? ¿Y si el que las escucha inevitablemente las asume con el sentido y con el valor que tienen para sí; el valor y el sentido del mundo tal como lo tiene adentro? ¡Creemos que nos entendemos, pero no nos entendemos nunca! Mire usted, mire mi piedad, toda mi piedad hacia esta mujer (*señalará a la Madre*); y mi piedad ha sido recibida por ella como la más feroz de las crueldades.

LA MADRE. ¡Pero si me echaste!

EL PADRE. ¡Ahí está! ¿Escuchó? ¡Echarla! ¡A ella le pareció que yo la eché!

LA MADRE. Tú sabes hablar, yo no... Sin embargo, señor, créame, después de haberse casado conmigo... quién sabe por qué (yo era una pobre, humilde mujer...).

EL PADRE. Precisamente por eso, por tu humildad, me casé contigo; fue lo que amé en ti, creyendo... (*será interrumpido por las negaciones de ella, abrirá los brazos en señal*

de desesperación y ante la imposibilidad de hacerse entender por ella se dirigirá al Director) ¿Lo ve? ¡Dice que no! ¡Miedosa, señor, miedo en verdad su (se dará una palmada en la frente) sordera, su sordera mental! ¡Mucho corazón, sí, claro, para los hijos! ¡Pero sorda del cerebro, sorda, señor, hasta la desesperación!

LA HIJASTRA. Claro que sí, pero ahora pregúntele por la gran fortuna que ha sido para nosotros su inteligencia.

EL PADRE. Si se pudiera prever todo el mal que puede surgir del bien que creemos estar haciendo.

En este momento, la Actriz Principal, que estará molesta por la coquetería del Primer Actor con la Hijastra, se adelantará y le preguntará al Director:

LA ACTRIZ PRINCIPAL. Disculpe, señor Director, ¿seguimos con el ensayo?

EL DIRECTOR. ¡Claro que sí, claro que sí! ¡Pero déjeme escuchar!

EL JOVEN ACTOR. ¡Es un caso tan nuevo!

LA JOVEN ACTRIZ. ¡Interesantísimo!

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¡Será para el que se interesa!

Y lanzará una mirada al Actor Principal.

EL DIRECTOR (*al Padre*). Pero es necesario que usted se explique con claridad.

Se sentará.

EL PADRE. Bueno, sí. Mire usted, señor, trabajaba conmigo un pobre hombre, mi subalterno, mi secretario, lleno de devoción; se la llevaba a las mil maravillas con ella (*señalará a la Madre*), sin sombra de malicia, claro está, bueno y humilde como ella, incapaces la una y el otro, no solo de cometerlo, sino ni siquiera de pensarlo, el mal.

LA HIJASTRA. Y lo pensó él, en cambio, en lugar de ellos, ¡y lo hizo!

EL PADRE. ¡No es verdad! Yo quise el bien para ellos, y también para mí, ¡lo confieso! Señor, habíamos llegado a tal punto que yo no podía decir una sola palabra al uno o a la otra, sin que inmediatamente se cruzaran entre ellos una mirada de inteligencia; sin que la una no buscara inmediatamente los ojos del otro como para sugerirse cómo debían tomar esa palabra mía para no contrariarme. Era suficiente esto, lo entenderá, para mantenerme con rabia, en un estado intolerable de exasperación.

EL DIRECTOR. Discúlpeme, ¿y por qué no echaba a su secretario?

EL PADRE. ¡Exacto! En efecto, señor, lo eché. Pero tuve que ver,

entonces, a esta pobre mujer dar vueltas por la casa como extraviada, como una de esas bestias sin dueño que se recogen en la calle por caridad.

LA MADRE. Pero, ¡qué dices!

EL PADRE (*volviéndose rápidamente hacia ella como para anticiparse*). El hijo, ¿verdad?

LA MADRE. Me había primero arrebatado al niño de mi pecho, señor.

EL PADRE. ¡Pero no por crueldad! Era para hacerlo crecer sano y robusto, ¡en contacto con la tierra!

LA HIJASTRA (*señalándolo, irónica*). ¡Y se ve el resultado!

EL PADRE (*inmediatamente*). Ah, ¿y ahora es mi culpa si creció de esta manera? Se lo di a una nodriza, señor, en el campo, a una campesina, por parecerme que ella no era suficientemente fuerte, a pesar de sus orígenes humildes. Fue por la misma razón por la que me casé con ella. Aprehensiones mías, tal vez, pero, ¿qué le vamos a hacer? ¡He tenido siempre estas malditas aspiraciones hacia una cierta sólida sanidad moral! (*La Hijastra estalla de nuevo en una sonora carcajada*) ¡Hágala callar! ¡Es insoportable!

EL DIRECTOR. ¡Cállese! ¡Déjeme escuchar, Dios santo!

Inmediatamente, de nuevo, tras el regaño del Director ella se quedará como absorta y lejana, con la carcajada cortada. El Director volverá a bajar del escenario para tener una mejor impresión de la escena.

EL PADRE. Ya no podía estar más junto a esta mujer (*señalará a la Madre*). Pero no tanto, créame, por el fastidio, por el bochorno, el verdadero bochorno que sentía; era más bien por la pena, por la angustiada pena que sentía por ella.

LA MADRE. ¡Y me echó!

EL PADRE. ¡Sí, señor, y bien provista de todo, a donde ese hombre, para librarla de mí!

LA MADRE. ¡Y librarse él!

EL PADRE. ¡Sí, señor, yo también, lo admito! Y resultó un gran mal. Pero con el fin de hacer el bien... Más por ella que por mí, ¡lo juro! (*Cruzaré los brazos sobre el pecho y después, de golpe, dirigiéndose a la Madre*) ¿Te descuidé alguna vez, dime, te descuidé alguna vez?, hasta que ese te sacó de un día para otro, sin que yo supiera nada, te sacó y te llevó a otro pueblo, estúpidamente impresionado por mi preocupación, un interés puro, señor, créame, sin la más mínima segunda intención. Me preocupé con increíble ternura por la nueva familia que para él surgía. ¡Se lo puede confirmar ella! (*Señalará a la Hijastra*).

LA HIJASTRA. ¡Eso y más! Yo estaba pequeña, muy pequeña, ¿sabe?, con las trencitas sobre la espalda y los calzones más largos que la falda, muy pequeña estaba yo y me lo encontraba delante del portón del colegio a mi salida. Venía a ver cómo iba creciendo...

EL PADRE. ¡Esto es pérfido! ¡Es infame!

LA HIJASTRA. Claro que no, ¿por qué?

EL PADRE. ¡Infame! ¡Infame! (*De golpe, agitado, al Director, en tono de explicación*) Mi casa, señor, cuando ella se fue (*señalará a la Madre*), me pareció muy vacía. ¡Ella era mi pesadilla, pero me la llenaba! Solo, daba vueltas por las habitaciones como una mosca sin cabeza. Ese (*señalará al Hijo*), criado lejos, ¡qué se yo!, apenas volvió a casa ya no me parecía que fuera mi hijo. Ausente la madre, creció por sí mismo, aparte, sin ninguna relación afectiva ni intelectual conmigo. Y entonces —le parecerá extraño, señor, pero es así—, primero fue solo curiosidad, después poco a poco atracción hacia esa familia, surgida por obra mía; pensar en esa familia comenzó a llenar el vacío que sentía alrededor de mí. Sentía la necesidad, en verdad la necesidad, de saberla en paz, dedicada a los cuidados más simples de la vida, afortunada porque estaba por fuera y lejos de los complicados tormentos de mi espíritu. Y para confirmarlo iba a ver a esa niña a la salida del colegio.

LA HIJASTRA. ¡Claro! Me seguía por la calle, me sonreía y, cuando llegaba a casa, se despedía de mí con la mano, ¡así! Yo lo miraba feo, hosca. ¡No sabía quién era! Se lo dije a mamá. Y ella tuvo que entender inmediatamente que era él (*la Madre asentirá con la cabeza*). Al principio no quiso enviarme más al colegio, durante varios días. Cuando regresé, lo vi de nuevo a la salida, ¡qué gracioso!, con un paquete en las manos. Se me acercó, me acarició y sacó del paquete un sombrero de paja florentino, grande y bello, con una guirlanda de rosas de mayo, ¡para mí!

EL DIRECTOR. ¡Pero todo esto es cuento, señores!

EL HIJO (*con desprecio*). Claro que sí, ¡literatura!, ¡literatura!

EL PADRE. ¡Qué literatura, ni qué literatura! Esta es la vida, señores. ¡La pasión!

EL DIRECTOR. ¡Si usted lo dice! ¡Pero irrepresentable!

EL PADRE. ¡De acuerdo, señor! Porque todo esto son los antecedentes. Y yo no digo que representemos esto. Como puede ver, en efecto, ella (*señalará a la Hija*) ya no es esa pequeña con las trencitas sobre la espalda...

LA HIJASTRA. ¡Y con los calzones por fuera de la falda!

EL PADRE. ¡El drama llega ahora, señor! Nuevo, complejo...

LA HIJASTRA (*oscura, orgullosa, adelantándose*). Apenas murió mi padre...

EL PADRE (*de golpe, para no darle tiempo de hablar*). ¡La miseria, señores! Volvieron acá, a mis espaldas. Por necesidad de ella (*señalará a la Madre*). Apenas si sabe escribir, pero podía haberme escrito la hija, o ese joven, ¡decirme que estaban necesitados!

LA MADRE. Pero dígame, señor, si podía yo adivinar en él todo este sentimiento.

EL PADRE. Precisamente es ese tu error: ¡no haber adivinado nunca ninguno de mis sentimientos!

LA MADRE. Después de tantos años de lejanía y con todo lo que había pasado...

EL PADRE. ¿Y es que acaso es culpa mía que ese buen hombre se los llevara lejos y de esa manera? (*Dirigiéndose al Director*) Se lo digo, de un día para otro... porque había encontrado afuera vaya dios a saber qué empleo. No me fue posible ubicarlos y entonces, naturalmente, decayó mi preocupación por ellos, durante muchos años. El drama estalla, señor, imprevisto y violento, cuando regresan; porque yo, desgraciadamente, conducido por la miseria de mi carne aún viva... Ah, miseria, verdadera miseria, la de un hombre solo que no ha cedido a relaciones humillantes; no tan viejo como para poder prescindir de la mujer y no tan joven como para poder con facilidad y sin vergüenza ir a buscarla. ¿Miseria? ¡Qué digo! Horror,

horror, porque ya ninguna mujer le puede dar amor. Y cuando se entiende esto, se debería poder prescindir... ¡Sin embargo...! Señor, cada uno... por fuera, delante de los otros, está vestido de dignidad; pero dentro de sí sabe muy bien todo lo inconfesable que pasa en su intimidad. Y cede, cede a la tentación; claro, para realizarse inmediatamente después, a lo mejor con mucha prisa para recomponer entera y sólida, como una piedra sobre un foso, nuestra dignidad, que esconde y sepulta para nuestros mismos ojos cada signo y el mismísimo recuerdo de la vergüenza. ¡Y esto les pasa a todos! Solamente que, a veces, hace falta valor para decir ciertas cosas.

LA HIJASTRA. ¡Porque el valor de hacerlas, claro, lo tienen todos!

EL PADRE. ¡Todos! ¡Pero a escondidas! ¡Y es por esto que se requiere valentía para decirlas! ¡Porque es suficiente que uno las diga, ¡y ya!, se le tacha de cínico. Y esto no es verdad, señor; es simplemente como todos los demás; es más, es mejor; mejor porque no tiene miedo de descubrir con la luz de la inteligencia el rojo de la vergüenza, allá, en la bestialidad humana, que cierra siempre los ojos para no verlo. La mujer, mire usted, la mujer, en efecto, ¿cómo es? Nos mira, incitante, provocante. ¡La aferras! Y apenas la estrechas entre tus brazos, cierra inmediatamente los ojos. Es la señal de su

entrega. La señal por medio de la cual le dice al hombre: “Enceguécete que yo soy ciega”.

LA HIJASTRA. ¿Y cuando no los cierra? ¿Cuando no siente la necesidad de esconderse a sí misma, cerrando los ojos, el rojo de su vergüenza? ¿Y en cambio mira, con los ojos ahora áridos e impasibles, el rojo de la vergüenza del hombre que sin amor se encegueció? Ah, qué asco, qué asco por todas estas complicaciones intelectuales, por toda esta filosofía que descubre a la bestia y después la quiere salvar, excusar... ¡No puedo escucharlo, señor! Porque cuando se está obligado a “simplificar” la vida —así, bestialmente— para botar toda la carga de lo “humano” que hay en cada casta aspiración, en cada sentimiento puro, en la idealidad, en los deberes, en el pudor, en la vergüenza... nada causa más indignación y náusea que ciertos remordimientos: ¡lágrimas de cocodrilo!

EL DIRECTOR. ¡Los hechos, los hechos, señores! ¡Estas son solo discusiones!

EL PADRE. ¡Así es, sí, señor! Pero un hecho es como un costal: vacío, no se sostiene. Para que se sostenga, es necesario primero poner adentro la razón y los sentimientos que lo han determinado. Yo no tenía cómo saber que, muerto allá ese hombre, y de regreso ellos aquí, en la miseria, para proveer el sustento de los hijos, ella (*señalará a la*

Madre) hubiera vuelto a trabajar de costurera y que justamente hubiera ido a trabajar en donde esa... ¡en donde esa Madama Pace!

LA HIJASTRA. ¡Fina modista, si a los señores les interesa! En apariencia sirve a las mejores señoras, pero tiene todo dispuesto para que estas mejores señoras le sirvan también a ella, ¡sin perjuicio de las otras que no son tan buenas!

LA MADRE. Debe creerme, señor, cuando le digo que no pasó ni lejanamente por mi cabeza la sospecha de que esa arpía me daba trabajo porque le había echado el ojo a mi hija...

LA HIJASTRA. ¡Pobre mamá! ¿Sabe, señor, qué hacía esa señora cuando yo le llevaba el trabajo hecho por ella? Me hacía notar las cosas que había desperdiciado por dárselas a coser a mi madre; y me sobornaba, me sobornaba. De manera que, usted entiende, pagaba yo, mientras la pobre creía que se sacrificaba por mí y por esos dos, cosiendo incluso de noche las cosas de Madama Pace.

Acciones y exclamaciones de indignación de los Actores.

EL DIRECTOR (*inmediatamente*). ¿Y usted, allá, un día encontró...?

LA HIJASTRA (*señalando al Padre*). ¡A él, a él, sí, señor! ¡Un viejo cliente! ¡Ya verá qué escena! ¡Soberbia!

EL PADRE. Con la llegada sorpresiva de ella, de la madre...

LA HIASTRA (*inmediatamente, con perfidia*). ¡Casi a tiempo...!

EL PADRE (*gritando*). ¡No! ¡A tiempo, a tiempo! ¡Porque afortunadamente la reconocí a tiempo! ¡Y me los lleve a todos a casa, señor! Ahora, imagínese usted mi situación y la de ella, uno frente al otro; ella, así como la ve. ¡Y yo que ya no puedo mirarla a los ojos!

LA HIASTRA. ¡Ridículo! ¿Usted cree posible, señor, pretender de mí —“después”— que yo me comportara como una señorita modesta, bien criada y virtuosa, de acuerdo con sus malditas aspiraciones “hacia una sólida sanidad moral”?

EL PADRE. Para mí el drama está aquí, señor, en la conciencia que tengo de que cada uno de nosotros se cree “uno”, pero no es verdad; es “muchos” señor, “muchos”, de acuerdo con todas las posibilidades de ser que hay en nosotros: “uno” con este, “uno” con aquel, ¡diferentísimos! Y con la ilusión, mientras tanto, de ser siempre “uno para todos”, y siempre “ese uno” que nos creemos en cada acto nuestro. ¡No es verdad! ¡No es verdad! Nos damos cuenta cuando en alguno de nuestros actos, por una desgraciada casualidad, nos quedamos de improviso como enganchados y suspendidos; nos damos cuenta, en suma, de que no estamos por completo en ese acto, y que entonces sería una atroz injusticia enjuiciarnos por ese solo acto, mantenernos enganchados y suspendidos, en la picota, durante una existencia entera,

¡como si estuviese toda completa recogida en ese acto! ¿Entiende usted ahora la perfidia de esta muchacha? Me sorprendió en un lugar, en un acto, en donde y como no tenía que conocerme; tal como yo no podía ser para ella; ¡y me quiere arrojar a una realidad que yo no podía nunca esperar que pudiese asumir para ella, la de un momento fugaz y vergonzoso de mi vida! Esto, esto, señor, es lo que yo siento, por encima de todo. Y usted verá cómo a partir de esto el drama alcanzará un valor muy grande. ¡Y está también la situación de los otros! La suya...

Señalará al Hijo.

EL HIJO (*encogiéndose de hombros con desdén*). ¡A mí déjame en paz, que yo no tengo nada que ver!

EL PADRE. ¿Cómo que no?

EL HIJO. ¡No tengo nada que ver y no quiero tener nada que ver, porque bien sabes que yo no estoy hecho para estar aquí entre ustedes!

LA HIJASTRA. ¡Gente vulgar, nosotros! Él, en cambio, fino... Pero usted bien puede ver, señor, que muchas veces yo lo miro para fastidiarlo con mi desprecio y tantas otras veces él baja la mirada, porque sabe el daño que me hizo.

EL HIJO (*casi sin mirarla*). ¿Yo?

LA HIJASTRA. ¡Tú! ¡Tú! ¡A ti te debo, querido, la calle! ¡A ti! (*Gestos de horror de los Actores*). Nos negaste, con tu comportamiento, no solo la intimidad de la casa, sino también esa caridad que hace más fácil la vida de los huéspedes, ¿sí o no? ¡Fuimos los intrusos que venían a invadir el reino de tu “legitimidad”! ¡Ya quisiera yo, señor, dejarle ver ciertas escenitas frente a frente entre él y yo! Dice que los tiranicé a todos. Sin embargo, mire, ha sido por su comportamiento que tuve que valerme de esa razón que él llama “vil”, la razón por la que entré en su casa con mi madre, que es también su madre, como si fuera la patrona.

EL HIJO (*adelantándose lentamente*). Para todos es fácil, señor, estar contra mí. Pero imagínese usted a un hijo que un día cualquiera, mientras está muy tranquilo en su casa, le toca ver llegar, toda insolente, “con la cabeza en alto”, a una señorita que le pregunta por el padre pues tiene que decirle no sé bien qué cosa; y después la ve regresar, siempre con el mismo aire, acompañada por esa chiquitita de allá; y, finalmente, la ve tratar al padre, quién sabe por qué, de una manera muy ambigua y “expedita”, pidiéndole dinero, con un tono que deja suponer que él debe, debe darlo, porque tiene la obligación de darlo...

EL PADRE. ¡Pero yo tengo esta obligación! ¡Por tu madre!

EL HIJO. ¿Y yo qué voy a saber? ¿Cuándo la vi yo, señor? ¿Cuándo oí hablar de ella? Se me aparece un día, con ella (*señalará a la Hijastra*), con ese muchacho, con esa niña; me dicen: “¡Oye, ¿sabes?, es tu madre también!”. Logro entrever por sus modos (*volverá a señalar a la Hijastra*) por cuál motivo, así, de un día para otro, entraron en casa... Señor, lo que yo pruebo, lo que yo siento, no puedo ni quiero expresarlo. Como máximo podría confiarlo como un secreto, pero no lo haría ni conmigo mismo. No se puede esperar, entonces, ninguna acción por parte de mí. Créame, señor, créame, yo soy un personaje irrealizado dramáticamente, y me siento mal, muy mal, en compañía de ellos. ¡Déjenme en paz!

EL PADRE. Pero, ¿cómo? ¡Disculpa! Si precisamente porque tú eres así...

EL HIJO (*con exasperación violenta*). ¿Y qué sabes tú cómo soy? ¿Cuándo te preocupaste por mí?

EL PADRE. ¡Lo admito! ¡Lo admito! ¿Pero no es esta también una situación? Este distanciamiento tuyo, tan cruel para mí, por tu madre que, de vuelta a casa, te ve casi por primera vez, tan grande, y no te conoce, pero sabe que tú eres su hijo... (*señalando la Madre al Director*). Mire, usted, ¡llora!

LA HIJASTRA (*con rabia, golpeando el piso con el pie*). ¡Como

una estúpida!

EL PADRE (*inmediatamente señalándola, también, al Director*). ¡Y ella no lo soporta! (*Volviendo a referirse al Hijo*) Dice que no tiene nada que ver, ¡cuando él es prácticamente el centro del asunto! Mire a ese muchacho que está siempre junto a su madre, desconcertado, humillado... ¡Está así por su propia causa! Tal vez la situación más triste es la suya: se siente ajeno, más que todos, y siente, pobrecito, una mortificación angustiosa por ser acogido en casa, casi que por caridad... (*en secreto*) ¡Se parece mucho al padre! Humilde, no habla...

EL DIRECTOR. ¡Eh, pero no es que esté muy bien esto! Usted ni se imagina todos los problemas que causan los muchachos en el escenario.

EL PADRE. Ah, pero él se va rápido, ¡por favor! Y también esa niña, es más, ella es la primera en irse...

EL DIRECTOR. ¡Qué bien, eso sí! Y tenga la seguridad que todo esto me interesa, vivamente me interesa. ¡Intuyo, intuyo que aquí hay material para extraer un buen drama!

LA HIJASTRA (*intentando meterse*). ¡Con un personaje como yo!

EL PADRE (*apartándola, por la ansiedad que le causará la decisión del Director*). ¡Tú, cállate!

EL DIRECTOR (*prosiguiendo, sin prestar atención a la interrupción*). Nueva, sí...

EL PADRE. ¡Claro, nuevísima, señor!

EL DIRECTOR. Se necesita mucho coraje, eso sí, se lo digo, para venir aquí a botarme todo esto así no más...

EL PADRE. Usted lo entenderá, señor, ya que nacimos para el escenario...

EL DIRECTOR. ¿Son ustedes actores aficionados?

EL PADRE. No; digo, nacidos para el escenario porque...

EL DIRECTOR. ¡Qué va! ¡Usted tiene que haber actuado!

EL PADRE. Claro que no, señor; apenas la necesaria actuación que a cada cual le toca en la vida, o la que los otros le confían. En mí, eso sí, es la mismísima pasión, mire, la que siempre, por sí misma, apenas se exalta, como en todos, se vuelve un poco teatral...

EL DIRECTOR. ¡Dejémoslo así, dejémoslo así! Usted entenderá, querido señor, que sin autor... Yo podría recomendarle a alguien...

EL PADRE. Claro que no, mire, ¡hágalo usted!

EL DIRECTOR. ¿Yo? ¿Pero qué dice?

EL PADRE. ¡Sí, usted! ¡Usted! ¿Por qué no?

EL DIRECTOR. ¡Pues porque yo nunca he sido autor!

EL PADRE. Pero, disculpe, ¿no podría hacerlo ahora? No necesita nada. ¡Lo hacen muchos! Su tarea, además, es más fácil, pues estamos aquí, todos, vivos, delante de usted.

EL DIRECTOR. ¡Pero no es suficiente!

EL PADRE. ¿Cómo que no es suficiente? Viéndonos vivir nuestro

drama...

EL DIRECTOR. ¡Claro! Pero se necesitará, de cualquier manera, alguien que lo escriba...

EL PADRE. No... Alguien que lo transcriba, tal vez, ya que lo tiene en frente de sus narices... en acción... escena por escena. Será suficiente con un borrador, una cosa de nada, un esbozo... ¡y a ensayar!

EL DIRECTOR (*volviendo a subir, tentado, al escenario*). Uhm... Veamos... Me tienta... Como un juego... Podríamos intentarlo...

EL PADRE. ¡Claro que sí, señor! ¡Ya verá qué escenas sacamos! ¡Se las puedo esbozar inmediatamente!

EL DIRECTOR. Me tienta... Me tienta... Intentémoslo... Venga conmigo a mi camerino (*Dirigiéndose a los Actores*). Ustedes quedan por un momento en libertad, pero no se alejen mucho. En un cuarto de hora, veinte minutos, estaremos de nuevo aquí (*Al Padre*). Veamos, intentémoslo... Tal vez podamos sacar algo de verdad extraordinario...

EL PADRE. ¡No tenga la menor duda! ¿No cree usted que sería mejor invitarlos a ellos también?

Señalará a los otros Personajes.

EL DIRECTOR. ¡Sí, que vengan, que vengan! (*Se encaminará, pero*

después, regresando, se dirigirá a los Actores) ¡Por favor, puntualidad! En un cuarto de hora.

El Director y los Seis Personajes recorrerán el escenario y desaparecerán. Los Actores quedarán como aturcidos y mirándose entre ellos.

EL ACTOR PRINCIPAL. Pero, ¿está hablando en serio? ¿Qué hace?

EL JOVEN ACTOR. ¡Esto es una absoluta locura!

UN TERCER ACTOR. ¿Quiere que improvisemos, así no más?

EL JOVEN ACTOR. ¿Qué le pasa? ¡Como si fuéramos actores cómicos!

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¡Ah, no! Si cree que yo me voy a prestar para este tipo de bromas...

LA JOVEN ACTRIZ. ¡Que no cuente tampoco conmigo!

UN CUARTO ACTOR. ¡Quisiera saber quiénes son esos tipos!

Aludirá a los Personajes.

EL TERCER ACTOR. ¡Quiénes quieres que sean! ¡Locos o estafadores!

EL JOVEN ACTOR. ¿Y el Director se presta para escucharlos?

LA JOVEN ACTRIZ. ¡La vanidad! La vanidad de aparecer como autor...

EL ACTOR PRINCIPAL. ¡Inaudito! Si el teatro, señores, tiene que

reducirse a esto...

UN QUINTO ACTOR. ¡Yo me estoy divirtiendo!

EL TERCER ACTOR. ¡En fin! Ya veremos qué nace de todo esto.

Y así, conversando entre ellos, los Actores dejarán el escenario; algunos saldrán por la puertecita del fondo, otros irán hacia sus camerinos.

El telón permanecerá arriba.

La función se interrumpirá durante, más o menos, veinte minutos.

Los timbres del teatro avisarán que se retoma la función.

Desde los camerinos, por la puerta, e incluso desde la sala, volverán al escenario los Actores, el Director de escena, el Tramoyista, el Apuntador, el Utilero y, al mismo tiempo y desde su camerino, también el Director con los Seis Personajes.

La luz sobre el escenario será la misma de antes, una vez apagadas las luces de la sala.

EL DIRECTOR. ¡Vamos, vamos, señores! ¿Ya estamos todos? Atención, atención... ¡Comenzamos! ¡Tramoyista!

EL TRAMOYISTA. ¡Aquí estoy!

EL DIRECTOR. Disponga inmediatamente la escena de la sala. Serán suficientes dos bastidores y un telón con puerta, pero rápido, ¡por favor!

El Tramoyista irá de inmediato a cumplir la orden y, mientras el Director habla con el Director de escena, con el Utilero, con el Apuntador y con los Actores sobre la inminente representación, dispondrá el simulacro indicado: dos bastidores y un telón con puerta, decorado con rayas rosa y oro.

EL DIRECTOR (*al Utilero*). Mire usted si hay en la bodega un diván.

EL UTILERO. Sí, señor, está el verde.

LA HIJASTRA. ¡No, no, nada de verde! ¡El diván era amarillo y con flores, de felpa, muy grande! ¡Comodísimo!

EL UTILERO. Pues... Así no lo tenemos.

EL DIRECTOR. ¡Pero qué importa! Ponga el que encuentre.

LA HIJASTRA. ¿Cómo que no importa? ¡La famosa *chaise longue* de Madame Pace!

EL DIRECTOR. Por ahora es para el ensayo. Por favor, ¡no se meta! (*Al Director de escena*) Revise si hay una vitrina más bien larga y baja.

LA HIJASTRA. ¡La mesita, la mesita de caoba para el sobre celeste!

EL DIRECTOR DE ESCENA (*al Director*). Está esa pequeña, dorada.

EL DIRECTOR. ¡Está bien, traiga esa!

EL PADRE. Un espejo.

LA HIJASTRA. ¡Y la mampara! La mampara, no la olvide, si no, ¿cómo hago?

EL DIRECTOR DE ESCENA. Sí, señora, mamparas tenemos muchas, no lo dude.

EL DIRECTOR (*a la Hijastra*). También algún perchero, ¿verdad?

LA HIJASTRA. Sí, ¡muchos, muchos!

EL DIRECTOR (*al Director de escena*). Mire cuántos hay y hágalos traer.

EL DIRECTOR DE ESCENA. Sí, señor, ¡yo me encargo!

El Director de Escena irá inmediatamente a cumplir la orden, y también, mientras el Director sigue hablando con el Apuntador y después con los Personajes y con los Actores, hará traer a los Ayudantes de escena los muebles indicados y los dispondrá en la escena como creará más oportuno.

EL DIRECTOR (*al Apuntador*). Usted, por el momento, tome su lugar. Mire: este es el borrador de las escenas acto por acto (*le alcanzará algunas hojas de papel*). Es necesario, ahora, que usted haga algo especial.

EL APUNTADOR. ¿Taquigrafiar?

EL DIRECTOR (*con alegre sorpresa*). Ah, ¡muy bien! ¿Conoce de taquígrafía?

EL APUNTADOR. Tal vez no seré buen apuntador, pero taquígrafo...

EL DIRECTOR. ¡Pues mucho mejor! (*Dirigiéndose a un Ayudante de escena*) Vaya a traer papel de mi camerino, ¡mucho, mucho, todo el que encuentre!

El Ayudante de escena saldrá corriendo y volverá poco después con un montón de papel que entregará al Apuntador.

EL DIRECTOR (*continuando, al Apuntador*). Siga las escenas a medida que se representan e intente fijar los diálogos, ¡por lo menos los más importantes! (*Después, dirigiéndose a los Actores*) ¡Desalojen, señores! Mejor pónganse de este lado (*señalará la izquierda*). ¡Y pongan atención!

LA ACTRIZ PRINCIPAL. Pero, disculpe, nosotros...

EL DIRECTOR (*tranquilizándola*). No será necesario improvisar, ¡no se preocupe!

EL ACTOR PRINCIPAL. ¿Y qué tenemos que hacer?

EL DIRECTOR. ¡Nada! ¡Por ahora escuchen y miren! Más adelante tendrá cada uno su libreto. Haremos ahora, como mejor podamos, un ensayo. ¡Y lo harán ellos! (*señalará a los Personajes*).

EL PADRE (*como caído de las nubes y en medio de la confusión del escenario*). ¿Nosotros? ¿Y cómo así un ensayo?

EL DIRECTOR. Un ensayo. ¡Un ensayo para ellos! (*señalará a los Actores*).

EL PADRE. Pero si somos nosotros los personajes...

EL DIRECTOR. Claro que sí: “los personajes”. Sin embargo, aquí, querido señor, no actúan los personajes. Acá actúan los actores. Los personajes están allí en el libreto (*señalará el hueco del Apuntador*), claro, ¡cuando hay un libreto!

EL PADRE. ¡Exacto! Puesto que no hay libreto y ustedes, señores, tienen la suerte de tener a los personajes aquí, vivitos y coleando...

EL DIRECTOR. ¡Pero claro! Y ustedes quisieran hacerlo todo, ¿verdad?, actuar, presentarse frente al público...

EL PADRE. Pues sí, por lo que somos...

EL DIRECTOR. ¡Pues estoy seguro que ofrecerían ustedes un espectáculo maravilloso!

EL ACTOR PRINCIPAL. ¿Y entonces nosotros qué diablos estamos haciendo?

EL DIRECTOR. ¿Y es que acaso ustedes creen que saben actuar? Dan risa... (*Los Actores, en efecto, se echarán a reír*). Sí ve, ¡se rien! (*Como volviendo en sí*) Ay, ¡a propósito!, es necesario asignar los roles. Oh, es fácil, ya están prácticamente asignados: (*a la Segunda Mujer*) usted, señora, es *La Madre (Al Padre)*. Será necesario encontrarle un nombre.

EL PADRE. Amalia, señor.

EL DIRECTOR. Pero si es el nombre de su mujer. ¡No querrá en verdad llamarla con su verdadero nombre!

EL PADRE. ¿Y por qué no, disculpe? Si así se llama... Ah, pero claro, si es la señora que... (*señalará apenas a la Segunda Mujer*). Yo veo mejor a esta (*señalará a la Madre*) como Amalia, señor. Pero decida usted... (*Cada vez más desconcertado*) No sé bien qué decirle... Comienzo... No sé, sentiría falsas, como con otro sonido, mis propias palabras.

EL DIRECTOR. ¡Pero no se preocupe, no se preocupe por eso! ¡Encontraremos nosotros el tono justo! Y respecto al nombre, si usted quiere “Amalia”, pues será Amalia, o igual encontraremos otro. Por el momento asignaremos los personajes así: (*al Actor Joven*) usted *El Hijo*, (*a la Actriz Principal*) usted, señorita, ¿cómo no?, *La Hijastra*.

LA HIJASTRA (*divertida*). ¿Cómo, cómo? ¿Yo esa?

Se echará a reír.

EL DIRECTOR (*molesto*). ¿Qué le da risa?

LA ACTRIZ PRINCIPAL (*indignada*). ¡Nunca nadie había osado reírse de mí! ¡Exijo respeto o si no me largo!

LA HIJASTRA. Pero no, disculpe, yo no me río de usted.

EL DIRECTOR (*a la Hijastra*). Más bien debería sentirse honrada por ser representada por...

LA ACTRIZ PRINCIPAL (*sin dejarlo terminar, con desdén*). “Esa”.

LA HIJASTRA. Pero no lo decía por usted, ¡créame! Lo decía por mí; es que no me veo absolutamente en usted... No lo sé, no... ¡No nos parecemos para nada!

EL PADRE. Eso, así es. Mire, señor, nuestra expresión...

EL DIRECTOR. ¡Qué expresión ni qué expresión! ¿Creen ustedes que la traen consigo, en sí, la expresión? ¡Claro que no!

EL PADRE. ¡¿Cómo?! ¿No tenemos expresión?

EL DIRECTOR. ¡Para nada! Aquí lo que usted llama expresión es solo la materia a la que dan cuerpo y figura, voz y gesto, los actores; actores que, por su arte, han sabido dar expresión a materia mucho más noble y alta que la de ustedes; es tan pequeña la suya, que si se sostiene en el escenario, el mérito, créame por favor, será todo de mis actores.

EL PADRE. No me atrevería a negarlo, señor. Pero créame si le digo que es un gran sufrimiento para nosotros ser así como usted nos ve, con este cuerpo, con esta figura...

EL DIRECTOR (*interrumpiendo, impaciente*). ¡Para eso existe el maquillaje, el maquillaje, muy señor mío, para lo que tiene que ver con la figura!

EL PADRE. Bueno, pero, ¿y la voz, el gesto...?

EL DIRECTOR. ¡Ya está bien! ¡Aquí usted, como usted, no puede ser! Aquí está el actor que lo representa, ¡y ya!

EL PADRE. Entiendo, señor. Y ahora, tal vez, adivino también por qué nuestro autor, que nos vio vivos así, no quiso después componernos para la escena. No quiero ofender a sus actores. ¡Dios me libre! Sin embargo, pienso que verme ahora representado... No sé por quién...

EL ACTOR PRINCIPAL (*levantándose y yendo hacia el Padre con soberbia, seguido por las risueñas y jóvenes Actrices que reirán*). Por mí, si no le molesta.

EL PADRE (*humilde y melifluo*). Honradísimo, señor (*Hará una venia*). Digo, pienso que, por mucho que el señor se esfuerce con toda su voluntad y toda su capacidad artística para acogerme en él...

Dudará.

EL ACTOR PRINCIPAL. Concluya, concluya.

Carcajadas de las Actrices.

EL PADRE. Ehm, digo, la representación que hará... incluso maquillándose para parecerse a mí... digo, con esa estatura... (*todos los Actores se reirán*) con dificultad podrá ser una

representación de mí, así como yo soy realmente. Será más bien, dejando de lado la figura, será más bien su interpretación de mí, de cómo él me siente, si me siente, y no de cómo yo me siento dentro de mí. Y me parece que esto debería tenerlo en cuenta quien deba juzgarnos.

EL DIRECTOR. ¿Y ahora se preocupa por los juicios de la crítica? ¡Y yo que lo dejo hablar! Que la crítica diga lo que quiera, que nosotros tenemos que pensar más bien en hacer nuestra obra, ¡si lo logramos! (*Alejándose y mirando a su alrededor*) ¡Vamos, vamos! ¿Ya está montada la escena? (*A los Actores y a los Personajes*) ¡Quítense, quítense de aquí! Déjenme ver (*Bajará del escenario*). ¡No perdamos más tiempo! (*A la Hijastra*) ¿Así está bien la escena?

LA HIJASTRA. Uhm... A decir verdad, no del todo.

EL DIRECTOR. ¡Insiste, eh! ¡No querrá que construyamos acá, tal cual, la trastienda esa que usted conoce, de Madame Pace! (*Al Padre*) ¿Dijo usted una salita florida?

EL PADRE. Sí, señor. Blanca.

EL DIRECTOR. No es blanca, tiene rayas, ¡pero no importa! Con los muebles, más o menos, me parece que ya está. Esa mesita, ¡córranla un poco más hacia adelante! (*Los Ayudantes de escena obedecerán*) (*Al Utilero*) Usted mientras tanto prepare un sobre, posiblemente celeste, y entrégueselo al señor.

EL UTILERO. ¿De correspondencia?

EL DIRECTOR. De correspondencia.

EL UTILERO. ¡Ya mismo!

Saldrá.

EL DIRECTOR. ¡Vamos, vamos! La primera escena es con la Señorita (*La Actriz Principal se acercará*). ¡No usted, espere! Yo le decía a la Señorita (*señalará a la Hijastra*). Usted observe...

LA HIJASTRA (*inmediatamente agrega*). ¡... cómo la vivo!

LA ACTRIZ PRINCIPAL (*ofendida*). ¡Sabré vivirla también yo, sin duda, cuando me toque!

EL DIRECTOR (*con las manos en la cabeza*). ¡Señores míos, no más habladurías! Entonces, la primera escena es con la Señorita y Madame Pace. Ay... (*Se desconcertará, mirará a su alrededor y subirá de nuevo al escenario*) ¿Y Madame Pace?

EL PADRE. No está con nosotros, señor.

EL DIRECTOR. ¿Y cómo hacemos?

EL PADRE. ¡Pero está viva, viva también ella!

EL DIRECTOR. ¡Bueno! Pero, ¿dónde está?

EL PADRE. Déjeme contarle, por favor (*Dirigiéndose a las Actrices*). Si las señoritas pudiesen hacerme el favor de darme por un instante sus sombreros.

LAS ACTRICES (*entre sorprendidas y divertidas, en coro*). ¿Qué?
¿Los sombreros? ¿Qué dice? ¿Por qué? ¡Mira tú!

EL DIRECTOR. ¿Qué quiere hacer con los sombreros de las señoritas?

Los Actores se echarán a reír.

EL PADRE. Nada, nada, ponerlos por un momento en estos percheros. ¿Y alguna de ustedes sería tan gentil de quitarse también la capa?

LOS ACTORES. ¿También la capa? ¿Y qué más? ¡Está loco!

UNA ACTRIZ. ¿Para qué? ¿Solamente la capa?

EL PADRE. Para colgarlos, solo un momento... Háganme el favor. ¿Sí?

LAS ACTRICES (*quitándose los sombreros y alguna también la capa, seguirán riéndose e irán a colgarlos aquí y allá en los percheros*). ¿Y por qué no? ¿Así? ¡En verdad que es divertido! ¿Tenemos que ponerlos como en una exposición?

EL PADRE. Exactamente, sí, señorita, ¡como en una exposición!

EL DIRECTOR. ¿Y se puede saber como para qué?

EL PADRE. Claro que sí: tal vez, si preparamos mejor la escena, atraída por los objetos de su negocio, ¡quién sabe si a lo mejor se presenta entre nosotros...! (*Invitando a todos a mirar hacia la puerta en el fondo de la escena*)

¡Miren! ¡Miren!

La puerta en el fondo de la escena se abrirá y entrará por ella, dando algunos pasos, Madame Pace; una vieja bruja muy gorda, con una pomposa peluca de lana color zanahoria y una flamante rosa a un lado, a la española; maquilladísima, torpemente elegante con un vestido chillón de seda rosada, un abanico de plumas en una mano y la otra mano levantada para sostener entre dos dedos un cigarrillo encendido. De inmediato, ante esta aparición, los Actores y el Director saldrán corriendo del escenario con un grito de terror, precipitándose hacia la escalerilla con el ademán de escapar por el corredor. La Hijastra, en cambio, se acercará humildemente a Madame Pace, como si estuviera frente a su patrona.

LA HIJASTRA (*acercándose*). ¡Aquí está! ¡Aquí está!

EL PADRE (*radiante*). ¡Es ella! Ya lo decía yo... ¡Aquí está!

EL DIRECTOR (*sobreponiéndose al estupor inicial, indignado*).

Pero, ¿qué trucos son estos?

EL ACTOR PRINCIPAL (*casi simultáneamente*). ¿Dónde diablos estamos?

EL ACTOR JOVEN. ¿Y de dónde salió esa?

LA ACTRIZ JOVEN. ¡La tenían bien guardada!

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¡Es el juego de dónde está la bolita!

EL PADRE (*acallando las protestas*). ¡Pero, disculpen! ¿Por qué

quieren arruinar, de hecho y en nombre de una verdad vulgar, el prodigio de una realidad que nace, evocada, atraída, formada por la mismísima escena, y que, así, tiene más derecho que ustedes de vivir aquí, precisamente porque es más verdadera que ustedes? ¿Quién entre ustedes representará a Madame Pace? Pues bien: ¡Madame Pace es esa! Admitirán ustedes que la actriz que la represente será menos verdadera ¡que ella en persona! Miren, mi hija la reconoció y se le acercó inmediatamente. Quédense, ¡quédense para ver la escena!

Titubeantes, el Director y los Actores subirán de nuevo al escenario.

Pero la escena entre la Hijastra y Madame Pace, durante la protesta de los Actores y la respuesta del Padre, ya habrá iniciado, susurrada, en voz bajísima, mejor dicho, de manera natural, así como no sería posible lograrla en un escenario. Por lo que, cuando el Padre llame la atención de los Actores, estos se volverán para mirar y verán a Madame Pace, que ya habrá puesto su mano bajo el mentón de la Hijastra para obligarla a levantar la cabeza, y la escucharán hablar de manera ininteligible, se quedarán un momento en silencio, atentos, para inmediatamente después quedar desilusionados.

EL DIRECTOR. ¿Y bien?

EL ACTOR PRINCIPAL. ¿Qué es lo que dice?

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¡No se escucha nada!

EL ACTOR JOVEN. ¡Más alto! ¡Más alto!

LA HIJASTRA (*dejando a Madame Pace, que sonreirá con una impagable sonrisa, y acercándose al corrillo de los Actores*). ¡“Alto”, claro! ¡Qué alto ni qué alto! ¡No se trata de asuntos que se puedan decir a voz en cuello! ¡Los pude decir alto para su vergüenza (*señalará al Padre*) y mi venganza! Pero para Madame es otra cosa, señores, ¡la meten a la cárcel!

EL PADRE. ¡Pero claro! ¡Qué lindo! ¡Aquí es necesario que se escuche, querida mía! ¡No escuchamos ni siquiera nosotros que estamos en el escenario! ¡Imagínese qué escuchará el público en la sala! Es necesario hacer la escena. Y, en todo caso, pueden hablar alto entre ustedes, porque nosotros no estaremos aquí para escuchar, como ahora; ustedes pueden fingir que están solas, en ese cuarto de trastienda, y que nadie las escucha.

La Hijastra, con gracia, sonriendo maliciosa, hará señas de “no” con el dedo.

EL DIRECTOR. ¿Cómo que no?

LA HIJASTRA (*susurrando, enigmática*). Hay alguien que nos escucharía si ella (*señalará a Madame Pace*) hablara alto.

EL DIRECTOR (*muy consternado*). ¿Acaso aparecerá alguien más?

Los Actores harán de nuevo el ademán de salir corriendo.

EL PADRE. No, no, señor. Se refiere a mí. Yo tengo que disponerme allá, detrás de la puerta, a la espera, y Madame lo sabe. Es más, discúlpenme, voy para allá para estar listo.

Se encaminará.

EL DIRECTOR (*deteniéndolo*). ¡Claro que no, espere! ¡Es necesario respetar las exigencias teatrales! Antes que usted esté listo...

LA HIJASTRA (*interrumpiéndolo*). ¡Claro que sí, rápido, rápido! Muero de ganas de vivir, de ver esta escena! ¡Si él quiere estar listo, yo estoy listísima!

EL DIRECTOR (*gritando*). Pero antes tiene que estar lista, muy clara, la escena entre usted y esa de allá (*señalará a Madame Pace*). ¿Lo entiende?

LA HIJASTRA. ¡Dios mío, señor! Me dijo lo que ya sabe usted: que el trabajo de mamá está mal hecho, que el vestido está

estropeado y que es necesario que yo me llene de paciencia si quiero que siga ayudándonos con nuestra miseria.

MADAME PACE (*caminando hacia adelante, dándose aires de gran importancia*). Eh ya, señor; porque yo no *quero aprovecharme... avantajarme...*

EL DIRECTOR (*casi aterrorizado*). ¡Pero cómo, cómo! ¿Habla así?

Todos los Actores se echarán a reír.

LA HIJASTRA (*riéndose ella también*). ¡Sí, señor, habla así, medio español y medio italiano, de una manera muy divertida!

MADAME PACE. Ah, no me *par bona crianza* que *loro ridano* de mí, si yo me *sfuerzo de* hablar, como *podó*, español, ¡señor!

EL DIRECTOR. Pero, ¡no se preocupe! ¡Es más, hable así, hable así, señora! ¡Resultado seguro! Nada mejor para romper la crudeza de la situación que un poco de comedia. ¡Hable, hable así! ¡Está muy bien!

LA HIJASTRA. Ah, ¡muy bien! ¿No? ¡Con un lenguaje así hacer ciertas propuestas! ¡Resultado seguro! ¡Pues parecería más bien una broma, señor! Que sin duda dan ganas de reír cuando te dicen que hay un “viechio señor” que quiere “amutare con migo”... ¿No es verdad, Madame?

MADAME PACE. ¡Viejito, ya! Viejito, linda; *ma* mejor para ti: ¡que se no te da gusto, te *porta* prudencia!

LA MADRE (*rebelándose, entre el estupor y la consternación de todos los Actores que no le habían vuelto a poner atención, y que ahora se precipitarán por su grito para agarrarla, riéndose, pues ella mientras tanto le habrá arrancado la peluca a Madame Pace y la habrá tirado al suelo*). ¡Bruja! ¡Bruja! ¡Asesina! ¡Mi hija!

LA HIJASTRA (*precipitándose para retener a la Madre*). ¡No, no, mamá, no! ¡Por Dios!

EL PADRE (*precipitándose él también, simultáneamente*). ¡Quieta, quieta! ¡Siéntate!

LA MADRE. ¡Entonces, quítenmela de enfrente!

LA HIJASTRA (*al Director, que también se había precipitado*). ¡No está bien, no está bien que mamá esté aquí!

EL PADRE (*también él dirigiéndose al Director*). ¡No pueden estar juntas! ¡Es por eso que, vea, esa de allá, cuando llegamos, no estaba con nosotros! Si estamos juntos, usted entiende, todo se anticipa.

EL DIRECTOR. ¡No importa! ¡No importa! ¡Por ahora se trata de un primer borrador! Todo sirve para que yo asimile, incluso así, confusamente, todos los elementos (*Dirigiéndose a la Madre y acompañándola a su puesto*). Vamos, vamos, señora, tranquilícese, tranquilícese y ¡siéntese!

Mientras tanto la Hijastra, yendo de nuevo hacia el centro del escenario, se dirigirá a Madame Pace.

LA HIJASTRA. Adelante, adelante entonces, Madame.

MADAME PACE (*ofendida*). Ah, no, ¡grazie tante! Yo aquí no *fado più* nada con *tua* madre presente.

LA HIJASTRA. ¡Pero qué dice! Haga entrar a ese “viechio señor, porque se amusi con migo” (*Volteándose hacia todos con vehemencia*). ¡Entonces, vamos a hacer esta famosa escena! ¡Vamos, adelante! (*A Madame Pace*) ¡Váyase usted!

MADAME PACE. Ah, me *vado*... Me *vado* seguramente...

Saldrá furiosa, recogiendo la peluca y mirando con altanería a los Actores que aplaudirán carcajeándose.

LA HIJASTRA (*al Padre*). ¡Y usted haga su entrada! ¡No dé tantas vueltas! ¡Venga! ¡Finja que ya entró! Eso: yo estoy aquí con la cabeza baja... modesta... ¡Adelante! ¡Hable! Dígame con una voz distinta, como la de alguien que acaba de llegar: “Buenos días, señorita...”.

EL DIRECTOR (*ya abajo del escenario*). ¡Mira tú! Y entonces, ¿dirige usted o dirijo yo? (*Al Padre que mirará suspendido y perplejo*) Haga lo que dice, sí, vaya al fondo, sin salir, y vuelva hacia adelante.

El Padre acatará desconcertado, palidísimo, pero, asumirá la realidad de su vida creada, sonreirá acercándose desde el fondo, ajeno aún al drama que estará por caerle encima. Los Actores se concentrarán en la escena que inicia.

EL DIRECTOR (*suave, apurado, al Apuntador en el hueco*). Y usted, atención, mucha atención para escribir, ¡ahora!

La escena

EL PADRE (*avanzando con una voz distinta*). Buenos días, señorita.

LA HIJASTRA (*con la cabeza gacha y contenida repugnancia*).
Buenos días.

EL PADRE (*la observará con disimulo debajo del sombrero que le esconde el rostro y, percatándose de que es muy joven, exclamará casi para sí, un poco por placer y un poco también por el temor de comprometerse con una aventura arriesgada*). Ah... Bueno... digo, no es la primera vez, ¿cierto?, que viene usted por acá.

LA HIJASTRA. No, señor.

EL PADRE. ¿Ha venido otras veces? (*Y ya que la Hijastra dirá que sí con la cabeza*) ¿Más de una? (*Aguardará la respuesta, volverá a espiarla por debajo del sombrero, sonreirá y dirá:*) Pues bueno, vamos... no debería seguir siendo así... ¿Usted me permitiría quitarle el sombrero?

LA HIJASTRA (*inmediatamente, como para anticiparse, conteniendo la repugnancia*). No, señor. ¡Me lo quito yo!

Lo hará rápido, agitada.

La Madre, que observa la escena con el Hijo y con los otros dos pequeños suyos, que estarán siempre a su lado, apartados del lado opuesto del escenario respecto al de los Actores, estará como concentrada sin lograr evitar diferentes expresiones de dolor, de indignación, de ansia, de horror, por las palabras y los actos de esos dos, y esconderá su rostro detrás de sus manos y sollozará.

LA MADRE. ¡Ay, por Dios! ¡Dios mío!

EL PADRE (*ante el quejido se quedará como de piedra por un largo rato; después retomará con el tono de antes*). Bueno, démelo, lo pongo por acá (*Le quitará el sombrero de las manos*). Pero sobre una tan graciosa y bella cabecita como la suya, quisiera ver un sombrero más digno. ¿Querrá usted ayudarme a escoger uno, después, entre estos de Madame? ¿Sí?

LA ACTRIZ JOVEN (*interrumpiéndolo*). Hey, cuidado. Esos son nuestros sombreros.

EL DIRECTOR (*de inmediato, muy molesto*). ¡Silencio, por Dios! ¡No se haga la chistosita! ¡Esta es la escena! (*Dirigiéndose a la Hijastra*) ¡Siga, por favor, señorita!

LA HIJASTRA (*prosiguiendo*). No, gracias, señor.

EL PADRE. ¡Pero, vamos, no me diga que no! Acéptelo. Me ofendería... ¡Mire qué bonitos! Y así estará contenta Madame. ¡Los expone así aposta!

LA HIJASTRA. Pero no, señor, y además mire: ni siquiera podría ponérmelo.

EL PADRE. ¿Lo dice, tal vez, por lo que pensarían en su casa, viéndola llegar con un sombrero nuevo? ¡Vamos! ¿Sabe cómo ponérselo? ¿Qué decir en casa?

LA HIJASTRA (*inquieta y agotada*). ¡Pero si no es por eso, señor! No podría ponérmelo, porque estoy... como puede ver... ¡Debería haberse dado cuenta!

Mostrará el vestido negro.

EL PADRE. ¡De luto, claro! Es verdad, veo. Le pido perdón. Estoy en verdad mortificado, créame.

LA HIJASTRA (*esforzándose y dándose valor para vencer la indignación y la náusea*). ¡Basta, basta, señor! Soy yo quien debe agradecerle y usted no debe mortificarse ni afligirse. No haga caso a lo que le dije. También para mí, usted entenderá... (*Se esforzará por sonreír y agregará:*) Me hace bien no pensar que estoy vestida así.

EL DIRECTOR (*interrumpiendo, dirigiéndose al Apuntador y su-
biendo al escenario*). ¡Espere, espere! ¡No escriba, olvide
estas últimas palabras! (*Al Padre y a la Hijastra*) ¡Está
muy bien! ¡Muy bien! (*Solamente al Padre*) ¡Aquí us-
ted proseguirá como hemos establecido! (*A los Actores*)
Divertidísima la escena del sombrero, ¿no les parece?

LA HIJASTRA. ¡Sin embargo, lo mejor viene ahora! ¿Por qué no
seguimos?

EL DIRECTOR. ¡Un poco de paciencia! (*Volviendo a dirigirse a
los Actores*) Es necesario desarrollarla naturalmente, con
un poco de ligereza...

EL ACTOR PRINCIPAL. Con desenfado, ¿no?

LA ACTRIZ PRINCIPAL. Pues claro, ¡no será difícil! (*Al Actor
Principal*) Podemos ensayarla ya, ¿no?

EL ACTOR PRINCIPAL. Pues, por mí... Listo, ¡voy a hacer la entrada!

Saldrá para estar listo para entrar por la puerta del fondo.

EL DIRECTOR (*a la Actriz Principal*). Entonces, pues, mire, ya
terminó la escena entre usted y esa tal Madame Pace,
que yo escribiré después. Póngase... No... ¿Para dónde va?

LA ACTRIZ PRINCIPAL. Espere, me pongo el sombrero...

Irá a tomar su sombrero de uno de los percheros.

EL DIRECTOR. Ah, sí, muy bien... Entonces, usted se queda aquí con la cabeza gacha.

LA HIJASTRA (*divertida*). ¡Pero no está vestida de negro!

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¡Estaré vestida de negro y de manera mucho más apropiada que usted!

EL DIRECTOR (*a la Hijastra*). ¡Cállese, por favor! ¡Y observe! ¡Algo aprenderá! (*Palmorea*) ¡Adelante! ¡Adelante! ¡La entrada!

Volverá a bajarse del escenario para tener una mejor impresión de la escena. Se abrirá la puerta del fondo y entrará el Actor Principal, con un cierto aire desenfadado y travieso de viejito galante. La representación de la escena hecha por los Actores se revelará desde el comienzo como otra cosa, sin tener, sin embargo, ni siquiera un poco, el tono de una parodia; aparecerá, más bien, como reformada, como mejorada. La Hijastra y el Padre, naturalmente, no podrán identificarse en esa Actriz Principal y en ese Actor Principal, escucharán pronunciar sus mismas palabras y expresarán de diferentes maneras, con gestos, con risas, con protestas, su sorpresa, su maravilla, su sufrimiento... como se verá más adelante. Se escuchará claramente, desde la concha, la voz del Apuntador.

EL ACTOR PRINCIPAL. “Buenos días, señorita”.

EL PADRE (*de inmediato, sin lograr contenerse*). ¡Pero no!

La Hijastra, viendo entrar de esa manera al Actor Principal, se echará a reír.

EL DIRECTOR (*furioso*). ¡Silencio! ¡Y usted deje de reírse de una buena vez! ¡Así no se puede!

LA HIJASTRA (*recorriendo el escenario*). ¡Disculpe, señor, pero no pude contenerme! La señorita (*señalará a la Actriz Principal*) se queda ahí parada, como si nada; pero si ella tiene que ser yo, le puedo asegurar que cuando alguien me dice “buenos días” de esa manera y con ese tono, ¡me echo a reír precisamente así como me reí!

EL PADRE (*acercándose un poco*). Pues, la verdad... el aire, el tono...

EL DIRECTOR. ¡Qué aire ni qué aire! ¡Ni qué tono! ¡Háganse a un lado, ahora, y déjenme ver el ensayo!

EL ACTOR PRINCIPAL (*avanzando*). Pues si tengo que representar a un viejo que llega a una casa equívoca...

EL DIRECTOR. ¡Pero claro, no les haga caso, por favor! ¡Retome, retome, que está muy bien! (*Aguarda a que el Actor Principal retome*) Entonces...

EL ACTOR PRINCIPAL. “Buenos días, señorita...”

LA ACTRIZ PRINCIPAL. “Buenos días...”

EL ACTOR PRINCIPAL (*repetiendo el gesto del Padre, es decir observando con disimulo debajo del sombrero, y después*

expresando de manera muy distinta primero la satisfacción y después el temor). “Ah... Bueno... Digo, no es la primera vez, espero...”

EL PADRE (*corrigiendo, irresistiblemente*). No “espero”... “¿cierto?”. Es: “¿cierto?”

EL DIRECTOR. Dice “¿cierto?”, como una pregunta.

EL ACTOR PRINCIPAL (*indicando al Apuntador*). Yo escuché “espero”.

EL DIRECTOR. Bueno, bueno, ¡da lo mismo! “¿Cierto?” o “espero”. Siga, siga... Eso sí, tal vez, un poco menos cargado... Mire, lo haré yo... (*Subirá al escenario y representará la parte desde la entrada*) “Buenos días, señorita...”

LA ACTRIZ PRINCIPAL. “Buenos días”.

EL DIRECTOR. “Ah... Bueno... Digo...” (*Dirigiéndose al Actor Principal para hacerle notar la manera como habrá mirado a la Actriz Principal por debajo del sombrero*). Sorpresa... Temor y satisfacción... (*Después, retomando, dirigiéndose a la Actriz Principal*). “No es la primera vez, ¿verdad?, que viene usted por acá” (*De nuevo, volteándose con una mirada de perspicacia hacia el Actor Principal*). ¿Es claro? (*A la Actriz Principal*) Y usted, entonces, “No, señor” (*De nuevo, al Actor Principal*). En pocas palabras, ¿cómo lo tengo que decir? *Souplisse!* (*Y volverá a bajar del escenario*).

LA ACTRIZ PRINCIPAL. “No, señor...”

EL ACTOR PRINCIPAL. “¿Ha venido otras veces? ¿Más de una?”

EL DIRECTOR. ¡No, espere! Tiene que esperar el gesto de ella (*señalará a la Actriz Principal*), el gesto con la cabeza. “¿Ha venido otras veces?”.

La Actriz Principal levantará un poco la cabeza entrecerrando los ojos penosamente, como por disgusto, y, después del “abajo” del Director, dejará caer dos veces la cabeza.

LA HIJASTRA (*irresistiblemente*). ¡Ay, por Dios! (*E inmediatamente se pondrá una mano en la boca para contener la risa*).

EL DIRECTOR (*volteándose*). ¿Qué pasó?

LA HIJASTRA (*rápido*). ¡Nada, nada!

EL DIRECTOR (*al Actor Principal*). ¡Le toca, le toca, adelante!

EL ACTOR PRINCIPAL. “¿Más de una? Pues bueno, vamos... no debería seguir siendo así... ¿Usted me permitiría quitarle el sombrero?”.

El Actor Principal dirá esta última parte con un tono tal y la acompañará con un gesto tal, que la Hijastra, que se habrá quedado con las manos en la boca, aunque querrá contenerse, no logrará detener la risa, que estallará entre los dedos, estrepitosa.

LA ACTRIZ PRINCIPAL (*indignada, yéndose del escenario*). ¡Ah, no, yo no estoy aquí para ser la bufona de esa de allá!

EL ACTOR PRINCIPAL. ¡Y yo tampoco! ¡Ya basta!

EL DIRECTOR (*a la Hijastra, gritando*). ¡Basta! ¡Basta!

LA HIJASTRA. Tiene razón, discúlpeme... Discúlpeme...

EL DIRECTOR. ¡Es usted una maleducada! ¡Eso es! ¡Una presuntuosa!

EL PADRE (*conciliador*). Sí, señor, es verdad, es verdad; pero, por favor, perdónela...

EL DIRECTOR (*volviendo a subir al escenario*). ¡Qué perdón ni qué perdón! ¡Es una indecencia!

EL PADRE. Sí, señor, pero créame, créame, todo esto es muy raro...

EL DIRECTOR. ¿Raro? ¿Qué es raro? ¿Por qué raro?

EL PADRE. Yo admiro, señor, admiro a sus actores: el señor de allá (*señalará al Actor Principal*), la señorita (*señalará a la Actriz Principal*); sin embargo, ciertamente... Verá, no son nosotros...

EL DIRECTOR. ¡Pero, qué dice! ¿Cómo quiere que sean? ¿Quiere que sean “ellos”? Pero es que son actores...

EL PADRE. ¡Precisamente, actores! Y hacen bien, los dos, nuestros papeles. Pero, créame, a nosotros nos parece otra cosa, que querría ser la misma, sí, pero que no lo es.

EL DIRECTOR. ¿Cómo así que no lo es? ¿Qué es entonces?

EL PADRE. Algo que... se vuelve de ellos y que ya no es más nuestro.

EL DIRECTOR. Pero, ¡por supuesto, necesariamente! ¡Ya lo habíamos discutido!

EL PADRE. Sí, lo entiendo, lo entiendo...

EL DIRECTOR. Entonces, ¡basta! (*Dirigiéndose a los Actores*)
Significa que ensayaremos después entre nosotros, como debe ser. Para mí ha sido siempre una desgracia ensayar delante de los autores. ¡Nada les parece bien! (*Dirigiéndose al Padre y a la Hijastra*) Vamos, retomemos con ustedes, y vamos a ver si logramos que no se ría.

LA HIJASTRA. ¡No me río más, no me río más! ¡Ahora viene lo bueno para mí, se lo aseguro!

EL DIRECTOR. Entonces, cuando usted dice: “No haga caso a lo que le dije. También para mí, usted entenderá...” (*dirigiéndose al Padre*), usted dice: “Entiendo, ah cómo entiendo...” e inmediatamente después pregunta...

LA HIJASTRA (*interrumpiendo*). ¿Cómo? ¿Qué pregunta?

EL DIRECTOR. ¡La razón de su luto!

LA HIJASTRA. ¡Claro que no, señor! Mire, cuando yo le dije que era necesario que ya no pensara tanto en cómo estaba vestida, ¿sabe usted qué me contestó? “¡Pues muy bien! ¡Quíteselo entonces, quítese rápido el vestido!”

EL DIRECTOR. ¡Pues qué bien! ¡Qué bien! ¿Es que acaso quiere hacer saltar todo el teatro?

LA HIJASTRA. ¡Pero sí es la verdad!

EL DIRECTOR. ¡Pero de qué verdad habla, por Dios! ¡Esto es teatro! ¡La verdad hasta un cierto punto!

LA HIJASTRA. ¿Y qué es lo que quiere hacer usted entonces?

EL DIRECTOR. Ya lo verá, ya lo verá. ¡Y ahora, déjeme trabajar!

LA HIJASTRA. ¡No, señor! ¿De mi náusea, de todas las razones, cada una más cruel y más vil que la anterior, por las cuales soy yo “esta”, que soy “así”, usted quiere sacar una babosada romántica y sentimental, con él preguntándome la razón de mi luto y yo contestándole lloriqueando que hace dos meses que murió papá? ¡No, no, querido señor! Es necesario que él me diga lo que me dijo: “¡Quíteselo entonces, quítese rápido el vestido!”. Y yo, con todo mi luto en el alma, luto de apenas dos meses, me fui para allá, ¿ve?, para allá, detrás de esa mampara, y con estos dedos que me tiemblan por la vergüenza, por el asco, me desabotoné el corsé, el vestido...

EL DIRECTOR (*llevándose las manos a la cabeza*). ¡Pero, por Dios! ¿Qué está diciendo?

LA HIJASTRA (*gritando, frenética*). ¡La verdad! ¡La verdad, señor!

EL DIRECTOR. No lo niego, claro, será la verdad... Y comprendo, comprendo todo su horror, señorita; pero comprenda también usted que todo esto no es posible ponerlo en el escenario.

LA HIJASTRA. ¿Que no es posible? Entonces, ¡muchas gracias y conmigo no cuente!

EL DIRECTOR. Pero no, mire...

LA HIASTRA. ¡Conmigo no cuente! ¡Conmigo no cuente! Lo que es posible en el escenario lo acordaron ustedes dos antes, ¡muchas gracias! ¡Lo entiendo bien! Él quiere llegar rápido a la representación (*enfaticando*) de sus angustias espirituales, ¡pero yo quiero representar mi drama! ¡El mío!

EL DIRECTOR (*molesto, sacudiéndose altanero*). ¡Ah, claro, el suyo! ¡No existe solo el suyo, por favor! ¡Existe también el de los otros! ¡El de él (*señalará al Padre*), el de su madre! No está bien que un personaje se disponga, por así decirlo, demasiado adelante, y atropelle a los demás invadiendo el escenario. ¡Es necesario disponerlos a todos en un cuadro armonioso y representar lo que es representable! ¡Sé muy bien que cada uno tiene toda una vida por dentro que quisiera sacar! Sin embargo, lo más difícil es precisamente esto: ¡sacar solo lo necesario en relación con los otros y, claro, que ese poco muestre toda la vida que se queda adentro! Claro, ¡sería cómodo que cada personaje pudiera por medio de un monólogo o, mejor, de una conferencia venir aquí a escupir delante del público todo lo que le hierve adentro! (*Con tono afable, conciliador:*) Sería bueno que usted se contuviera, señorita. Créame, es por su propio interés; porque puede dejar una muy mala impresión, se lo advierto, toda esta furia arrasadora, este disgusto desesperado, ya que

usted misma, discúlpeme, confesó que ya había estado con otros, antes que con él, donde Madame Pace.

LA HIJASTRA (*agachando la cabeza, con voz profunda, después de una pausa de recogimiento*). ¡Es verdad! Pero considere que esos otros son, para mí, igualmente él.

EL DIRECTOR (*sin comprender*). ¿Los otros? ¿Qué quiere decir?

LA HIJASTRA. Para quien cae en la culpa, señor, el responsable de todas las culpas que siguen ¿no es acaso y siempre aquel que, primero, determinó la caída? Y para mí es él, incluso desde antes de que yo naciera. ¡Mírelo y dígame que no es verdad!

EL DIRECTOR. ¡Muy bien! De acuerdo. Pero, ¿le parece poco el peso que carga por tanto remordimiento? ¡Permita que lo representen!

LA HIJASTRA. ¿Y cómo, perdone? Digo, ¿cómo podría representar todos sus “nobles” remordimientos, todos sus tormentos “morales”, si usted quiere evitarle el horror de haberse encontrado un día entre los brazos, después de haberla invitado a quitarse el vestido de su luto reciente, mujer y ya caída, a esa niña, señor, a esa niña que él iba a ver salir del colegio?

Dirá estas últimas palabras con la voz temblorosa por la conmoción.

La Madre, al escuchar estas palabras, sobrecogida por un ímpetu de incontenible congoja, que se expresará primero con algunos gemidos sofocados, finalmente se entregará a un llanto sin fin. La conmoción reinará sobre todos. Larga pausa.

LA HIJASTRA (*una vez la Madre dé señales de tranquilizarse, agregará, oscura y resuelta*). Nos encontramos ahora entre nosotros, ignorados aún por el público. Usted mañana ofrecerá de nosotros el espectáculo que mejor crea, disponiéndolo a su manera. Pero, ¿quiere usted ver, en verdad, el drama? ¿Lo quiere ver estallar tal como fue en verdad?

EL DIRECTOR. Pero claro, no pretendo más, ¡para asimilar desde ya lo que más pueda!

LA HIJASTRA. Pues bien, saque de aquí a mi madre.

LA MADRE (*dejando el llanto con un grito*). ¡No, no! ¡No lo permita, señor! ¡No lo permita!

EL DIRECTOR. ¡Pero, señora, es solo para ensayar!

LA MADRE. ¡Yo no puedo! ¡No puedo!

EL DIRECTOR. Pero, ¡si ya pasó todo, discúlpeme! ¡No entiendo!

LA MADRE. ¡Es que pasa ahora, pasa siempre! ¡Mi suplicio no termina, señor! Yo estoy viva y presente, siempre, en cada momento de mi suplicio, que se renueva, vivo y presente siempre. Pero esos dos pequeños de allá, ¿los ha oído hablar? ¡No pueden hablar, señor! Están agarrados

a mí, siempre, para mantener vivo y presente el suplicio; pero ellos, por sí mismos, ya no son, ¡ya no son! Y esta (*señalará a la Hijastra*), señor, huyó, se escapó de mí y se perdió, se perdió... Y si ahora yo la veo acá es siempre por esto, solo por esto, siempre, siempre, para renovar siempre, vivo y presente, el suplicio que sufro también por ella.

EL PADRE (*solemne*). ¡El momento eterno, así como le dije, señor! Ella (*señalará a la Hijastra*) está aquí para aferrarme, fijarme, tenerme colgado y suspendido eternamente, en la picota, en ese único momento huidizo y vergonzoso de mi vida. No puede renunciar a ello, y usted, señor, no puede en verdad evitármelo.

EL DIRECTOR. Pero, claro, yo no digo que no se represente, es justamente el núcleo de todo el primer acto, hasta que llegamos a la sorpresa de ella...

Señalará a la Madre.

EL PADRE. Así es, sí. Pues es mi condena, señor, ¡toda nuestra pasión que culmina en el grito final de ella!

Señalará él también a la Madre.

LA HIJASTRA. ¡Lo escucho aún, aquí, en mis oídos! ¡Me enloqueció ese grito! Usted puede representarme como quiera, señor, ¡no importa! Incluso vestida, con la condición que tenga por lo menos los brazos, solo los brazos, desnudos, ya que, mire, dispuesta así (*se acercará al Padre y le apoyará la cabeza en el pecho*), con la cabeza apoyada así y los brazos así en su cuello, veía palpar aquí, en el brazo, aquí, una vena; y, entonces, como si solamente esa vena viva me diera asco, apreté los ojos, así, así, y hundí la cabeza en su pecho (*Volteándose hacia la Madre*). ¡Grita, grita, mamá! (*Hundirá la cabeza en el pecho del Padre y con los hombros levantados como para no escuchar el grito, agregará con voz de sofocado tormento*) ¡Grita como gritaste entonces!

LA MADRE (*precipitándose para separarlos*). ¡No! ¡Hija, hija mía! (*Y después de haberla apartado de él*) ¡Bestia, bestia, es mi hija! ¿No ves que es mi hija?

EL DIRECTOR (*retrocediendo, por el grito, hasta el foso, en medio de la consternación de los Actores*). ¡Muy bien, claro que sí, muy bien! Y ahora el telón, el telón.

EL PADRE (*corriendo hacia él, agitado*). ¡Así es, así fue en verdad, señor!

EL DIRECTOR (*admirado y convencido*). ¡Pero claro, sin duda alguna! ¡Telón! ¡Telón!

Por los gritos reiterados del Director, el Tramoyista bajará el telón, dejando por fuera, delante del foso, al Director y al Padre.

EL DIRECTOR (*mirando hacia arriba con los brazos levantados*).
Pero, ¡qué bruto! Digo telón para decir que el Acto debe terminar así ¡y me bajan el telón de verdad! (*Al Padre, levantando el borde del telón para entrar al escenario*) ¡Sí, sí, muy bien! ¡Resultado seguro! ¡Así es como hay que cerrar! ¡Me la juego, me la juego, con este Primer Acto!

Entrará con el Padre.

Se abre el telón y se notará que el Tramoyista y los Montajistas habrán levantado aquel primer simulacro de escena y dispuesto, en cambio, una pequeña fuente de jardín.

De un lado del escenario estarán sentados en fila los Actores y, del otro, los Personajes. El Director estará de pie, en el centro del escenario, con una mano cerrada debajo de la barbilla, como si meditara.

EL DIRECTOR (*volviendo en sí después de una breve pausa*). Bueno, entonces, ¡vamos con el Segundo Acto! ¡Déjenme trabajar, como habíamos dicho, y verán que todo irá mejor!

LA HIJASTRA. Nuestra entrada en casa de él (*señalará al Padre*), ¡a pesar de ese de allá! (*Señalará al Hijo*).

EL DIRECTOR (*impaciente*). Así es, pero déjemelo a mí, ¡insisto!

LA HIJASTRA. ¡Con tal que sea claro el desprecio!

LA MADRE (*por su lado, moviendo la cabeza*). Como si algo bueno hubiésemos sacado de eso...

LA HIJASTRA (*volteándose hacia ella de golpe*). ¡No importa! ¡Cuanto mayor sea nuestro daño, más remordimiento sentirá él!

EL DIRECTOR (*impaciente*). ¡Entendido, entendido! ¡Lo tendré en cuenta! ¡No lo dude!

LA MADRE (*suplicante*). Pero, por favor, que se entienda bien, señor, por mi conciencia, que yo intenté...

LA HIJASTRA (*interrumpiendo con indignación*). ¡... detenerme, aconsejarme que no le causara a él ese disgusto! (*Al Director*) Pero, dele gusto, dele gusto, pues es verdad. Yo la paso más que bien, pues es claro: ¡mientras más suplicante es ella, mientras más intenta entrar en su corazón, más ese de allá se aleja, se au-sen-ta! ¡Qué gusto!

EL DIRECTOR. ¿Queremos comenzar entonces este bendito Segundo Acto?

LA HIJASTRA. Ya no hablo más. Pero tenga en cuenta que hacer todo en el jardín, como usted quiere, ¡no es posible!

EL DIRECTOR. ¿Y por qué no es posible?

LA HIJASTRA. Porque él (*señalará de nuevo al Hijo*) se la pasa siempre encerrado en su cuarto, ¡apartado! Además, es en casa donde se desarrolla todo el papel de ese pobre muchacho de allá, perdido, como le dije.

EL DIRECTOR. Está claro, pero, por otro lado, usted entenderá, ¡no podemos colgar avisos o cambiar de escena frente al público tres o cuatro veces por acto!

EL ACTOR PRINCIPAL. Así se hacía antes...

EL DIRECTOR. Sí, claro, cuando el público tenía la edad de esa

niña de allá!

LA ACTRIZ PRINCIPAL. ¡Con la ilusión es más fácil!

EL PADRE (*levantándose de golpe*). ¿La ilusión? ¡Por favor, no hablen de ilusión! ¡No usen esta palabra que para nosotros es particularmente cruel!

EL DIRECTOR (*aturdido*). ¿Y por qué, disculpe usted?

EL PADRE. ¡Pues, sí, señor, es cruel, cruel! ¡Debería entenderlo!

EL DIRECTOR. ¿Y qué deberíamos decir, entonces? La ilusión de crear, aquí, para los espectadores...

EL ACTOR PRINCIPAL. Con nuestra representación...

EL DIRECTOR. ¡La ilusión de una realidad!

EL PADRE. Entiendo, señor. Tal vez usted, en cambio, no puede entendernos a nosotros. ¡Pero permíname! Porque, verá, esto es para usted y para sus actores, y es justo que así sea, solamente un juego.

LA ACTRIZ PRINCIPAL (*interrumpiendo indignada*). ¡Ningún juego! ¡No trata usted con niños! Acá actuamos en serio.

EL PADRE. No estoy diciendo nada en contra. Me refiero, en efecto, al juego de su arte que debe ofrecer, justamente, como dice el señor, una perfecta ilusión de realidad.

EL DIRECTOR. ¡Así es, precisamente!

EL PADRE. Ahora, si usted piensa que nosotros como nosotros (*se señalará a sí mismo y sumariamente a los otros cinco Personajes*) no tenemos otra realidad que

esta ilusión...

EL DIRECTOR (*aturdido, mirando a sus Actores que se quedaron también como suspendidos, perdidos*). ¿Y eso qué significa?

EL PADRE (*después de haberlos observado un poco, con una pálida sonrisa*). Pero, ¡claro, señores! ¿Qué otra? Lo que para ustedes es una ilusión por crear, para nosotros es nuestra única realidad (*Breve pausa. Se acercará un poco al Director y agregará*). Aunque no solamente para nosotros, ¡téngalo en cuenta! Piénselo bien (*Lo mirará a los ojos*). ¿Usted me sabe decir quién es?

Y se quedará con el dedo índice dirigido hacia él.

EL DIRECTOR (*tocado, con una sonrisa rara en el rostro*). ¿Cómo? ¿Que quién soy? ¡Soy yo!

EL PADRE. ¿Y si le dijera que no es verdad, porque usted soy yo?

EL DIRECTOR. ¡Le contestaría que usted está loco!

Los Actores se reirán.

EL PADRE. Hacen bien en reírse, porque estamos jugando (*al Director*); y usted puede entonces objetar que es solo por juego que ese señor de allá (*señalará al Actor Principal*), que es “él”, tiene que ser “yo”, que en cambio soy yo, “este”.

¿Sí ve que cayó en mi trampa?

Los Actores volverán a reírse.

EL DIRECTOR (*molesto*). ¡Pero eso ya lo habíamos dicho! ¿Otra vez lo mismo?

EL PADRE. No, no. No quería decir eso, en efecto. Es más, lo invito a salir de este juego (*mirando a la Actriz Principal, para anticiparse*) ¡del arte, del arte!, que usted usualmente hace aquí con sus actores, y vuelvo a preguntarle seriamente: ¿quién es usted?

EL DIRECTOR (*dirigiéndose atónito, y también molesto, a los Actores*). ¡Pero, en verdad que hay que ser descarado! ¡Un tipo que se las da de personaje preguntarme a mí que quién soy!

EL PADRE (*con dignidad pero sin soberbia*). Un personaje, señor, bien puede preguntarle a un hombre quién es. Porque un personaje tiene, en verdad, una vida toda suya, con una índole propia, por lo que siempre es “alguien”. Mientras que un hombre, no digo usted, digo un hombre en general, puede no ser “nadie”.

EL DIRECTOR. ¡De acuerdo! ¡Pero me lo está preguntando a mí, que soy el Director! ¡El Jefe! ¿Entendió?

EL PADRE (*en voz baja, con delicada humildad*). Quería saber,

solamente, señor, si así como ahora es usted, se siente... Cómo ve, por ejemplo, a la distancia del tiempo, a aquella persona que fue usted alguna vez, con todas las ilusiones que entonces tenía, con todas las cosas que tenía adentro y alrededor suyo, así como entonces las veía y eran, pues eran realmente así para usted. Pues bien, señor, pensando en esas ilusiones que usted ya no tiene, en todas esas cosas que ahora ya no le “parecen” como una vez le parecía que “eran”, ¿no siente usted que desaparece, no digo el escenario y sus tablas, que desaparece la tierra bajo sus pies, dándose cuenta que “este” que hoy es usted, toda la realidad de hoy así como es, está destinada a parecerle mañana una ilusión?

EL DIRECTOR (*sin haber entendido bien, en medio de la confusión que le causa la engañosa y refinada argumentación*).
¿Y entonces? ¿Qué quiere concluir con esto?

EL PADRE. Nada, nada, señor. Solo hacerle ver que si bien nosotros (*de nuevo se señalará a sí mismo y a los otros Personajes*) no tenemos más realidad que la ilusión, igual no estaría mal que usted desconfiara de su realidad, de esta que usted hoy respira y toca, porque, como la de ayer, esta realidad está condenada a revelarse mañana como ilusión.

EL DIRECTOR (*disponiéndose a tomar todo el asunto a la ligera*).
¡Muy bien! Entonces dígame también, dígamelo por medio de esta comedia que está usted representando, ¡dígame

que es usted más verdadero y real que yo!

EL PADRE (*con mucha seriedad*). ¡Sin lugar a dudas, señor!

EL DIRECTOR. ¿Ah, sí?

EL PADRE. Yo creía que usted lo había entendido desde el principio.

EL DIRECTOR. ¿Más real que yo?

EL PADRE. Si su realidad puede cambiar así no más, de hoy para mañana...

EL DIRECTOR. ¡Se sabe que puede cambiar, obvio! Cambia continuamente, ¡como la de todos!

EL PADRE (*con un grito*). ¡Pero la nuestra no, señor! ¿Ya vio? ¡Es esta la diferencia! No cambia, no puede cambiar, ni ser otra, nunca, porque ya está definida... así... “esta”... para siempre... (y es terrible, señor), esta realidad inmutable. ¡Solo la idea de acercarse a nosotros debería darle escalofríos!

EL DIRECTOR (*parándose de golpe frente al Padre por una idea que le surgió de pronto*). Pero entonces, yo quisiera saber, ¿cuándo se ha visto a un personaje que, dejando de lado su papel, se haya puesto a defenderlo así como hace usted, y a proponerlo, a explicarlo. ¿Me puede responder? ¡Yo nunca lo he visto!

EL PADRE. Yo nunca lo he visto, señor, porque los autores usualmente esconden el tormento, la fatiga de sus creaciones. Cuando los personajes están vivos, vivos en verdad

delante de su autor, este no hace más que seguirlos en las palabras, en los gestos que ellos le proponen; y es importante que él los quiera como ellos se quieren. ¡Ay de él si así no hace! Cuando un personaje nace, alcanza rápidamente una independencia tal, incluso de su propio autor, que puede ser imaginado por todos en muchas otras situaciones en las que el autor no pensó; y puede alcanzar también, a veces, un significado que el autor nunca soñó darle.

EL DIRECTOR. ¡Eso lo sé!

EL PADRE. Y, entonces, ¿por qué se sorprende de nosotros? Imagínese usted a un personaje con la desgracia que le dije, la de haber nacido vivo en la fantasía de un autor que quiso después negarle la vida; y dígame entonces si este personaje abandonado de esta manera, vivo y sin vida, no tendría razones para ponerse a hacer lo que nosotros estamos haciendo, ahora, aquí, delante de ustedes, después de haberlo hecho por mucho tiempo, créame, delante de él para persuadirlo, para empujarlo, presentándome a veces yo, a veces ella (*señalará a la Hija*), a veces esa pobre Madre...

LA HIJASTRA (*adelantándose como maravillada*). Es verdad, yo también, yo también, señor, para provocarlo, muchas veces, en la melancolía de su estudio, durante la hora del

crepúsculo, cuando él se abandonaba en su sillón y no lograba tomar la decisión de encender la luz, y dejaba que la sombra invadiera la habitación, y dejaba que esa sombra ardiera en nosotros, que íbamos a provocarlo (*Como si se viera aún allá en ese estudio y tuviera fastidio por la presencia de todos esos Actores*). ¡Si lograra que todos ustedes se fueran! ¡Si nos dejaran solos! Mamá allí, con ese hijo... Yo con esa niña... Ese muchacho allá siempre solo... Y después yo con él... (*señalará rápidamente al Padre*)... Y después yo sola, yo sola... en esa penumbra... (*se precipitará de golpe, como si en la visión que tiene de sí misma, reluciente en esa sombra y viva, quisiera agarrarse*) ¡Ah, mi vida! ¡Qué escenas, qué escenas le proponíamos! ¡Yo, yo lo provocaba más que todos!

EL PADRE. ¡Claro! Pero, ¡tal vez fue por causa tuya, precisamente por tus excesivas insistencias, por tu excesivo desenfreno!

LA HIJASTRA. ¡Qué va! ¡Si él mismo me quiso así! (*Se acerca al Director para decirle como en secreto*) Yo creo, señor, que fue más bien por un desaliento, por una indignación frente el teatro, tal como el público usualmente lo ve y lo quiere.

EL DIRECTOR. ¡Avancemos, avancemos, por Dios, y vayamos a los hechos, señores!

LA HIJASTRA. ¡Pero me parece, disculpe, que ya tiene demasiados

asuntos si pensamos en nuestra entrada a su casa! (*Señalará al Padre*) ¡Decía que no podía colgar avisos o cambiar de escena cada cinco minutos!

EL DIRECTOR. ¡Así es! ¡Y por eso vamos a combinarlos, a agruparlos en una misma acción, simultánea y compacta! Y no como pretende usted, que quisiera ver primero a su hermanito que vuelve del colegio y merodea como una sombra por los cuartos, escondiéndose detrás de las puertas para meditar en algún propósito, en el cual... ¿cómo es que ha dicho...?

LA HIJASTRA. ¡Se *desjuga*, señor, se *desjuga* todo!

EL DIRECTOR. ¡No había escuchado nunca esta palabra! Está bien: “creciendo solamente por los ojos”, ¿verdad?

LA HIJASTRA. Sí, señor, ¡allí está!

Lo señalará junto a la Madre.

EL DIRECTOR. ¡Bien! Y entonces, simultáneamente, quiere también a esa niña que juega, ajena a todo, en el jardín. El primero en la casa y la otra en el jardín, ¿está bien?

LA HIJASTRA. ¡Ah, bajo el sol, señor, feliz! Es mi único premio, su alegría, su fiesta en ese jardín; fuera de la miseria, de la sordidez de ese horrible cuarto donde dormíamos los cuatro... ¡Y yo con ella, yo, vea usted! Con el horror de

mi cuerpo contaminado, junto a ella que me abrazaba muy fuerte con sus bracitos amorosos e inocentes. En el jardín, cuando me veía, corría a cogerme la mano. Las flores grandes no le importaban, le gustaba buscar todas las “tititas tititas”, y me las mostraba en medio de una fiesta, ¡una fiesta!

Mientras habla, desgarrada por los recuerdos, romperá a llorar con un llanto largo y desesperado, apoyando la cabeza en los brazos abandonados sobre la mesa. La conmoción reinará sobre todos. El Director se le acercará con gesto paternal y le dirá para consolarla:

EL DIRECTOR. Haremos el jardín, haremos el jardín, no lo dude. ¡Y verá cómo se pondrá de contenta! ¡Las escenas las agruparemos allí! (*Llamando por su nombre a un Montajista*) ¡Ey, bájame algunos trozos de árboles! ¡Y dos cipreses pequeños para ponerlos delante de la fuente!

Bajarán desde lo alto del escenario dos cipreses pequeños. El Tramoyista los sujetará con clavos en la plataforma.

EL DIRECTOR (*a la Hijastra*). Así más o menos por ahora,

para tener una idea (*Vol verá a llamar por su nombre al Montajista*). ¡Ey, ahora dame algo de cielo!

EL MONTAJISTA (*desde lo alto*). ¿Que qué?

EL DIRECTOR. ¡Algo de cielo! ¡Un fondo que caiga aquí detrás de la fuente!

Se verá caer desde lo alto del escenario una tela blanca.

EL DIRECTOR. ¡Pero blanco no! ¡Te dije cielo! Deja así, no pasa nada, lo arreglo yo. (*Llamando*) Ey, electricista, apaga todo y dame un poco de atmósfera... atmósfera lunar... azul, azul sobre la tela, con el reflector... ¡Así! ¡Suficiente!

Aparecerá, construida, una misteriosa escena lunar, que invitará a los Actores a hablar y a moverse como si fuera de noche, en un jardín, bajo la luna.

EL DIRECTOR (*a la Hijastra*). ¡Aquí está, mire! Y ahora el jovencito, en lugar de esconderse detrás de las puertas de los cuartos, podrá merodear por acá en el jardín y esconderse detrás de los árboles. Eso sí, usted entenderá, será difícil encontrar a una niña que pueda hacer bien la escena con usted, la escena donde le muestra las florecitas (*Dirigiéndose al Joven*). ¡Venga, venga más bien

para acá! ¡Vamos a concretar! (*Y como el muchacho no se mueve*) ¡Vamos, vamos! (*Después, jalándolo hacia adelante e intentando que mantenga en alto la cabeza que baja siempre*). Pero, digo, qué problema este muchacho... Pero, ¿qué pasa?... Dios mío, pero debería decir algo... (*Se le acercará, le pondrá una mano sobre el hombro, lo conducirá detrás de los trozos de árboles*). Acérquese, acérquese más, ¡muéstreme! Escóndase por aquí... Así... Intente sacar un poco la cabeza, como quien espía... (*Se alejará para ver mejor el efecto y una vez que el Joven realice la acción en medio de la consternación de los Actores, que quedarán muy impresionados*) Ah, muy bien... muy bien (*Dirigiéndose a la Hijastra*). ¿Y, digo, si la niña lo sorprende espionando y se le acerca y le saca alguna palabra de la boca?

LA HIJASTRA (*levantándose*). No hay ninguna esperanza de que hable, ¡por lo menos mientras que ese esté por aquí! (*Señalará al Hijo*) Sería mejor que lo echara primero, a ese de allá.

EL HIJO (*encaminándose decidido hacia una de las dos escalerillas*). ¡Listo! ¡Qué felicidad! ¡Qué más querría yo!

EL DIRECTOR (*reteniéndolo*). ¡No! ¿A dónde va? ¡Espere!

La Madre se levantará, consternada, angustiada frente a la posibilidad de que él se vaya de verdad, e instintivamente, sin moverse de su lugar, levantará los brazos como para detenerlo.

EL HIJO (*llegando hasta el foso, al Director, que lo retiene*). ¡No tengo absolutamente nada que hacer aquí! ¡Déjeme ir, se lo ruego! ¡Déjeme ir!

EL DIRECTOR. ¿Cómo que no tiene nada que hacer aquí?

LA HIJASTRA (*plácida, irónica*). ¡Suéltelo! ¡Igual no se irá!

EL PADRE. ¡Tiene que representar la terrible escena del jardín con su madre!

EL HIJO (*inmediatamente, decidido, orgulloso*). ¡Yo no represento nada! ¡Lo dije desde el comienzo! (*Al Director*) ¡Déjeme ir!

LA HIJASTRA (*acercándose, al Director*). ¿Me permite, señor? (*Le hará bajar los brazos con los que retiene al Hijo*) ¡Déjelo! (*Después, dirigiéndose a él, una vez el Director lo haya soltado*) ¿Y bien? ¡Vete! (*El Hijo se quedará al borde de la escalerilla y, como agarrado por un poder oculto, no podrá bajar por los escalones; después, en medio del estupor y la ansiosa consternación de los Actores, se moverá lentamente por el borde del foso y se dirigirá hacia la otra escalerilla del escenario. La Hijastra, que lo seguirá con los ojos en actitud desafiante, se echará a reír*) No puede, ¿sí ve?

¡No puede! Se tiene que quedar aquí, como encadenado, obligatoria e irremediabilmente. Y es que incluso yo que, señor, cuando suceda lo que debe suceder, levanto el vuelo —precisamente por el odio que siento hacia él, precisamente para no verlo nunca más delante de mí—, si yo estoy aún aquí y soporto su vista y su compañía, pues bien, imagínese usted si este atontado será capaz de irse, pues tiene que quedarse aquí con su magnífico padre y con esa madre de allá, esa madre sin más hijos que él... (*Dirigiéndose a la Madre*) ¡Vamos, vamos, mamá! Ven... (*Dirigiéndose al Director para señalarla*). Mire, se había levantado, se había levantado para detenerlo... (*A la Madre, atrayéndola como por arte de magia*). Ven, ven... (*Después al Director*). Imagínese usted las ganas que debe tener ella de mostrarles aquí a sus Actores lo que siente; pero es tan fuerte el afán de acercarse a él que —aquí está, ¿lo ve?— ¡está dispuesta a vivir su escena!

EL HIJO (*inmediatamente*). ¡Pero yo no! ¡Yo no! Si no me puedo ir, pues aquí me quedo; ¡y le repito que yo no hago nada!

EL PADRE (*al Director, temblando*). ¡Usted lo puede obligar, señor!

EL HIJO. ¡Nadie puede obligarme!

EL PADRE. ¡Te obligaré yo!

LA HIJASTRA. ¡Esperen! ¡Esperen! ¡Primero, la niña en la fuente! (*Correrá a coger a la Niña, se arrodillará delante de ella,*

le tomará la carita entre las manos) Pobre amorcito mío, miras asustada con esos ojos tan grandes y bellos, ¿quién sabe dónde crees que estás? ¡Estamos en un escenario, querida mía! ¿Qué es un escenario? Mira, es un lugar donde se juega a hacer cosas en serio. Donde se hacen comedias. Y nosotros haremos ahora una comedia. En serio, ¿sabes? Tú también... (*La abrazará, apretándola contra su pecho y meciéndose un poco*) Ay, mi amorcito, mi amorcito, ¡qué fea comedia harás! ¡Qué horrible papel ha sido pensado para ti! El jardín, la fuente... ¡Es falso todo, ya ves! Este es el problema, amorcito mío: ¡que todo aquí es falso! Pero tal vez, mi niña, a ti te guste más una fuente falsa que una verdadera, porque puedes jugar con ella, ¿verdad? Pero no, para los otros será un juego, no para ti, desgraciadamente, pues tú eres verdadera, amorcito mío, y juegas de verdad con una fuente de verdad, bella, grande, verde, con tantos palos de bambú que le hacen sombra con su reflejo, y tantos patitos que nadan en ella atravesando las sombras. Tú quieres coger uno de los patitos... (*Con un grito que los llena a todos de consternación*) ¡No, mi Rosetta, no! ¿Mamá no te cuida, por culpa de ese hijo canalla de allá! Y yo con todos estos demonios en la cabeza... Y ese otro... (*Dejará a la Niña y se dirigirá de la manera usual al Joven*) ¿Qué estás haciendo por aquí con ese airecillo tuyo de mendigo?

¡Será culpa tuya también si esa pequeña se ahoga! ¡Por ese modo de comportarte, como si yo, llevándolos a casa, no hubiese pagado ya por todos! *(Cogiéndole un brazo para obligarlo a sacar la mano del bolsillo)* ¿Qué tienes ahí? ¿Qué escondes? ¡Saca, saca esa mano! *(Le sacará la mano del bolsillo y, en medio del horror de todos, descubrirá que empuña un revólver. Lo mirará con cierta satisfacción y después le dirá, ensombrecida)* ¿Dónde, cómo lo conseguiste? *(Y, puesto que el Joven, desconcertado y con los ojos muy abiertos y vacíos, no responderá)* ¡Estúpido, si estuviera en tu lugar, en vez de matarme, yo le habría disparado a uno de esos dos, o a los dos: al padre y al hijo!

Lo empujará detrás del ciprés pequeño desde donde espiaba. Después cogerá a la Niña y la pondrá dentro de la fuente, acostada, de manera tal que no se vea. Finalmente, se sentará allí con el rostro entre los brazos apoyados en el borde de la fuente.

EL DIRECTOR. ¡Muy bien! *(Dirigiéndose al Hijo)* Y simultáneamente...

EL HIJO *(con desdén)*. ¡Nada de simultáneamente! ¡Nada de esto es verdad! ¡No hubo ninguna escena entre ella y yo! *(Señalará a la Madre)* Que se lo diga ella misma cómo fue.

Mientras tanto, la Segunda Mujer y el Actor Joven se habrán alejado del grupo de los Actores; ella se pondrá a observar con mucha atención a la Madre, que ya tendrá en frente, y él al Hijo, para poder después interpretar sus papeles.

LA MADRE. ¡Así es, señor! Yo entré a su cuarto.

EL HIJO. A mi cuarto, ¿entendió? ¡No al jardín!

EL DIRECTOR. ¡Esto no tiene importancia! ¡Es necesario agrupar las escenas, como dije!

EL HIJO (*descubriendo al Actor Joven que lo observa*). ¿Y qué diablos quiere usted?

EL ACTOR JOVEN. Nada, lo observo.

EL HIJO (*volteándose hacia el otro lado, a la Segunda Mujer*). Ah, y por acá está usted... ¿Para hacer su papel?

Señalará a la Madre.

EL DIRECTOR. ¡Exactamente! ¡Exactamente! ¡Y me parece que debería agradecerles por toda esa atención!

EL HIJO. ¡Ah, sí! ¡Gracias! ¿Es que aún no ha entendido que usted no puede interpretar esta comedia? Nosotros no estamos dentro de usted y sus actores nos están mirando desde afuera. ¿A usted le parece posible vivir delante

de un espejo que no solo nos congela con la imagen de nuestra propia expresión, sino que nos la devuelve como una mueca irreconocible de nosotros mismos?

EL PADRE. ¡Esto es verdad! ¡Esto es verdad! ¡Convéznase!

EL DIRECTOR (*al Actor Joven y a la Segunda Mujer*). Está bien. ¡Quítense de ahí!

EL HIJO. ¡Igual, es inútil! Yo no colaboro.

EL DIRECTOR. ¡Más bien cálese y déjeme escuchar a su madre! (*A la Madre*) ¿Y bien? ¿Usted había entrado...?

LA MADRE. Sí, señor, a su cuarto, desesperada. Para vaciar mi corazón de toda la angustia que me oprime. Pero apenas él me vio entrar...

EL HIJO. ¡Ninguna escena! Me fui, me fui para no hacer una escena. Porque yo nunca he hecho escenas, ¿entendió?

LA MADRE. ¡Es verdad! ¡Así es! ¡Así es!

EL DIRECTOR. ¡Pero ahora hay que hacer de todos modos esta escena entre usted y él! ¡Es indispensable!

LA MADRE. ¡Yo, señor, ya estoy aquí! Ojala me diera él la oportunidad de hablarle un momento, de decirle todo lo que tengo en mi corazón.

EL PADRE (*acercándose al Hijo, con violencia*). ¡Hazlo! ¡Por tu madre! ¡Por tu madre!

EL HIJO (*más que nunca decidido*). ¡No voy a hacer nada!

EL PADRE (*agarrándolo por el pecho y zarandeándolo*). ¡Por Dios, obedece! ¡Obedece! ¿No oyes cómo te habla? ¿No tienes entrañas de hijo?

EL HIJO (*agarrándolo él también*). ¡No! ¡No! ¡Y ya suéltame de una vez!

Forcejeo general. La Madre, asustada, intentará interponerse, separarlos.

LA MADRE. ¡Por favor! ¡Por favor!

EL PADRE (*sin soltarlo*). ¡Tienes que obedecer! ¡Tienes que obedecer!

EL HIJO (*peleando con el Padre y, al final, tirándolo al suelo cerca de la escalerilla, en medio del escándalo de todos*). ¿Y qué es este arrebato que te dio? ¡No puedes evitar poner delante de todos su vergüenza y la nuestra! ¡No voy a colaborar, no voy a colaborar! ¡E interpreto así la voluntad de quien no quiere llevarnos a escena!

EL DIRECTOR. ¡Pero si son ustedes los que vinieron!

EL HIJO (*señalando al Padre*). ¡Él, yo no!

EL DIRECTOR. Pero si está aquí usted también...

EL HIJO. Quiso venir él, arrastrándonos a todos y prestándose también para ponerse de acuerdo con usted no solo en

lo que realmente pasó, sino también, como si no fuera suficiente, ¡en lo que no pasó!

EL DIRECTOR. Entonces dígame, ¡dígame usted qué es lo que pasó! ¿Salió de su habitación sin decir nada?

EL HIJO (*después de un momento de vacilación*). Nada. ¡Precisamente para no hacer una escena!

EL DIRECTOR (*animándolo*). Bien, ¿y después? ¿Qué hizo?

EL HIJO (*en medio de la angustiada atención de todos, dando algunos pasos en el escenario*). Nada. Crucé el jardín...

Se detendrá, lúgubre, abstraído.

EL DIRECTOR (*insistiéndole en que hable, impresionado por su silencio*). ¿Y bien? ¿“Crucé el jardín...”?

EL HIJO (*exasperado, escondiendo su rostro con un brazo*). Pero, ¿por qué quiere que hable, señor? ¡Es horrible!

La Madre se pondrá a temblar en medio de gemidos sofocados, mirando hacia la fuente.

EL DIRECTOR (*con cuidado, notando esa mirada, se dirigirá al Hijo con creciente preocupación*). ¿La niña?

EL HIJO (*mirando al frente, hacia la sala*). Allá, en la fuente...

EL PADRE (*desde el suelo, señalando compasivo a la Madre*). ¡Y ella lo seguía, señor!

EL DIRECTOR (*al Hijo, con ansiedad*). Y entonces, ¿usted...?

EL HIJO (*lentamente, siempre mirando al frente*). Corrí, me precipité para rescatarla... Pero de repente me detuve, porque detrás de esos árboles vi algo que me heló: vi al muchacho, al muchacho que estaba allá, inmóvil, con los ojos de un loco, mirando en la fuente a su hermanita ahogada (*La Hijastra, que se había quedado agachada al lado de la fuente para esconder a la Niña, responderá como un eco desde el fondo, sollozando perdidamente. Pausa*). Traté de acercarme y entonces...

Retumbará detrás de los árboles, en donde el Joven estaba escondido, un disparo de revólver.

LA MADRE (*con un grito desgarrador, precipitándose hacia el Hijo en medio de todos los Actores y de la confusión general*). ¡Hijo! ¡Hijo mío! (*Y después, en medio de la confusión y los gritos descontrolados de todos*) ¡Socorro! ¡Socorro!

EL DIRECTOR (*en medio de los gritos, intentando abrirse paso, mientras el Joven será levantado por los pies y los brazos y sacado de allí, detrás de la tela blanca*). ¿Está herido? ¿Está herido de verdad?

Todos, con excepción del Director y del Padre, que está aún en el suelo junto a la escalerilla, desaparecerán detrás de la tela blanca bajada que simula el cielo, y allí se quedarán un rato murmurando angustiosamente. Después, de un lado y otro, desde el fondo, los Actores regresarán al escenario.

LA ACTRIZ PRINCIPAL (*regresando por la derecha, muy afligida*).
¡Está muerto! ¡Pobre muchacho! ¡Está muerto! ¡Ay, Dios!

EL ACTOR PRINCIPAL (*regresando por la izquierda, riéndose*). ¡Qué va a estar muerto! ¡Es ficción, ficción! ¡No crea nada!

OTROS ACTORES POR LA DERECHA. ¿Ficción? ¡Es realidad! ¡Realidad!
¡Está muerto!

OTROS ACTORES POR LA IZQUIERDA. ¡No! ¡Es ficción! ¡Ficción!

EL PADRE (*levantándose y gritando entre ellos*). ¡Nada de ficción! ¡Es la realidad! ¡La realidad, señores! ¡La realidad!

Y desaparecerá él también, desesperadamente, detrás del telón.

EL DIRECTOR (*muy molesto, al límite*). ¡Ficción! ¡Realidad! ¡Al diablo todos! ¡Luz! ¡Luz! ¡Luz! (*De repente, todo el escenario y toda la sala del teatro resplandecerán con luz vivísima. El Director tomará aire, como para librarse de una pesadilla, y todos se mirarán a los ojos, ansiosos y perdidos*)
¡Por Dios! ¡Nunca me había pasado nada parecido! ¡Me

hicieron perder todo el día! (*Mirará su reloj*) ¡Váyanse!
¡Váyanse! ¡Que ya no hay nada que hacer! Ya es demasiado tarde para retomar el ensayo. ¡Hasta la noche! (*Y cuando los Actores se hayan ido después de despedirse*) ¡Ey, electricista, apaga todo! (*No habrá terminado de decir esto, cuando el teatro caerá por un instante en una profunda oscuridad*) ¡Pero, por Dios! ¡Deja prendido por lo menos un bombillo para poder ver dónde pongo los pies!

De repente, detrás del telón de fondo, como por error, se encenderá un reflector verde que proyectará, grandes y bien definidas, las sombras de los Personajes, excepto la del Joven y la de la Niña. El Director, viéndolas, saldrá corriendo del escenario, aterrorizado. Al mismo tiempo se apagará el reflector detrás del telón de fondo y volverá a aparecer en el escenario el azul nocturno de antes. Lentamente, desde el lado derecho de la tela, saldrá primero el Hijo, seguido por la Madre con los brazos extendidos hacia él; después, desde el lado izquierdo, el Padre. Se detendrán en medio del escenario, y se quedarán allí, como formas encantadas. Saldrá, por último, por la derecha, la Hijastra, que correrá hacia una de las escalerillas; en el primer escalón se detendrá un momento para mirar a los otros y estallará en una estridente carcajada, precipitándose después por la

escalerilla; correrá por el corredor entre las sillas; se detendrá otra vez y de nuevo se reirá, mirando a los tres que se quedaron arriba; desaparecerá de la sala y aún, desde el foyer, se oirán sus carcajadas. Poco después caerá el telón.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta traducción de *Seis personajes en busca de autor* es de Alejandro Burgos Bernal (ganador de la Beca de traducción convocada por Idartes en 2020), hecha a partir de la edición de *Sei personaggi in cerca d'autore. Enrico IV* de la colección Oscar Classici Moderni (Arnoldo Mondadori Editore: 1990).



LUIGI PIRANDELLO

Luigi Pirandello nace el 28 de junio de 1867 en el campo cerca de lo que hoy en día es Agrigento, en la costa sur de Sicilia (se habían trasladado ahí huyendo de una epidemia de cólera). En 1885 se inscribe en la Facultad de Leyes y Literatura de Palermo, pero se gradúa finalmente en Bonn (Alemania) con una tesis sobre el desarrollo fonético de la lengua en Agrigento. En 1904 publica *Il fu Mattia Pascal* (*El difunto Matías Pascal*), que puede considerarse su primer éxito literario (entre el público y la crítica). En 1918 sale a la luz su primera colección de obras para teatro (*Maschere nude*), el género que más renombre le dará, pese a ser un prolífico narrador de largo y corto aliento (siete novelas y más de trescientos cuentos). Otras de sus obras son la novela *Uno, nessuno e centomilla* (*Uno, ninguno y cien mil*), el ensayo *L'umorismo* (*El humorismo*) y la recopilación *Novelle per un anno* (*Cuentos para un año*). Muere en 1936, en Roma, a los 69 años.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 37 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS III
<i>Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique</i> |
| 22 | LA VENTANA ABIERTA
Y OTROS CUENTOS
SORPRENDENTES
<i>Saki</i> | 38 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS IV
<i>José Donoso, Sergio Pitlor,
Guillermo Cabrera Infante</i> |
| 28 | POEMAS COLOMBIANOS
<i>Antología</i> | 41 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS V
<i>Mario Vargas Llosa, Felisberto
Hernández, Salvador Garmendia</i> |
| 32 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS I
<i>Adolfo Bioy Casares, Carlos
Fuentes, Juan Carlos Onetti</i> | 49 | CUENTOS PARA RELEER
<i>Horacio Quiroga, Katherine
Mansfield, Italo Svevo, Rubén
Darío, Leopoldo Lugones, José
María Eça de Queirós</i> |
| 34 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS II
<i>Gabriel García Márquez, Juan
Rufo, Rubem Fonseca</i> | 52 | EL CORAZÓN DE LAS
TINIEBLAS
<i>Joseph Conrad</i> |
| 35 | BARTLEBY
<i>Herman Melville</i> | | |

- 53** CUENTOS
Saki
- 54** CINCO RELATOS
INSÓLITOS
H. P. Lovecraft
- 61** CANTOS POPULARES DE MI
TIERRA
Candelario Obeso
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera
- 75** ANACONDA Y OTROS
CUENTOS
Horacio Quiroga
- 78** EL PRIMER AMOR
Iván Turguénev
- 81** ALGUNOS ESPECTROS
ORIENTALES
Lafcadio Hearn
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL
Varios autores
- 85** LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES
CON ALPACAS
ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA
DE CIENCIA FICCIÓN
LATINOAMERICANA
Varios autores
- 90** QUILLAS, MÁSTILES
Y VELAS. TEXTOS
PORTUGUESES SOBRE EL
MAR
José María Eça de Queirós
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS
- 98** POESÍA SATÍRICA Y
BURLESCA
Francisco de Quevedo
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS
Varios autores
- 103** CARMILLA
Sheridan Le Fanu
- 107** TRES CUENTOS DE
MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez
- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS
PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
- 110** 50 POEMAS DE AMOR
COLOMBIANOS
Varios autores
- 111** EL MATADERO
Esteban Echeverría
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO
Horace Walpole
- 116** ONCE POETAS
HOLANDESES
Varios autores

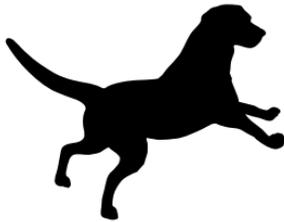
- 122** ONCE POETAS FRANCESES
Varios autores
- 124** BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN
VIEJO Y LA BELLA
SEÑORITA
Italo Svevo
- 128** LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
- 132** ONCE POETAS
ARGENTINOS
Varios autores
- 135** EL HORLA
Guy de Maupassant
- 144** NOVELA DE AJEDREZ
Stefan Zweig
- 145** RELATOS DE FANTASMAS
Edith Wharton
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE
Varios autores
- 149** DIEZ CUENTOS DEL
DECAMERÓN
Giovanni Boccaccio
- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI
HABITACIÓN
Xavier de Maistre
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO
Gustave Flaubert
- 159** UN AVE POSADA ALLÁ A
LO LEJOS
Virginia Woolf

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código e ingresa a la biblioteca digital, donde tendrás a disposición más de 90 de nuestros títulos.



CHANDA



Seis personajes en busca de autor fue editado por el
Instituto Distrital de las Artes - idartes
para su Biblioteca Libro al Viento,
bajo el número 160.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

160

“EL DIRECTOR: ¡Pero de qué verdad habla, por Dios!
¡Esto es teatro! ¡La verdad hasta un cierto punto!”



COLECCIÓN UNIVERSAL

la **BOGOTÁ**
que estamos construyendo

libro al
viento



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
E ARTES

BOGOTÁ 